

Daniel el tambor.

DANIEL EL TAMBOR.

Comedia en dos actos

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

Don Isidoro Gil.

Representada por primera vez en el teatro del Principe
el 5 de Setiembre de 1846.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Setiembre de 1846.

PERSONAS.

ACTORES.

EL MARQUES DE GERVILLE.	<i>Don Pedro Sobrado.</i>
EL CONDE EDUARDO DE TRÉCY.	<i>Don Florencio Romea.</i>
GUSTAVO DUBOURG.	<i>Don Antonio Alverá.</i>
DANIEL.	<i>Don Julian Romea.</i>
GIRODEAU.	<i>Don Pedro Lopez.</i>
EUGENIA.	<i>Doña Teodora Lamadrid.</i>
MARIANA.	<i>Doña Micaela Duran.</i>
ESTEVAN, ayuda de cámara del marques.	} <i>Don N. Muñoz.</i>

La escena pasa durante el primer acto en una aldea cerca del fuerte de la Hougue en Normandía. El segundo en París.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea qual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.



Acto primero.



Una sala en casa de Girodeau. Puerta al foro que da á un vestibulo por donde se sale al jardin. En medio del vestibulo una ventana que cae al campo. Puertas laterales. Mesa, sillus, etc.

ESCENA PRIMERA.

GIRODEAU, sentado á la mesa de la izquierda y escribiendo el sobre de una carta.

« Al señor comandante del fuerte de la Hougue , departamento de Calvados.» Eh ! esto es... El otro ahora... Calla ! (*Buscando en la mesa.*) y mi carta al marques dónde anda ? (*Revolviendo todos los papeles.*) A que he cometido la imprudencia de dejarla sobre esta mesa ? (*Mirando á su alrededor.*) Si alguno... Pero yo no me he separado de aqui mas que dos minutos para estender el pasaporte que el tambor del ayuntamiento ha venido á pedirme como teniente alcalde que soy. (*Deteniéndose con temor.*) Si habrá bajado entre tanto Eugenia ? Dios me valga ! (*Buscando de nuevo y llamando.*) Mariana ! Mariana !

Mariana. (Dentro.) Señor !

Girodeau. Ven aqui. Ella me dirá (Para sí.) tal vez... — Mariana !

Mariana. (Dentro.) Señor.

Girodeau. Que vengas, te digo. (Desolándose y buscan-

do.) Ay! Dios mio de mi alma! Mariana! bajas? (*Con cólera.*)

Mariana. (*Siempre dentro.*) Qué quereis?

Girodeau. Nada, no vendrá; para qué? (*Hallando la carta.*) Ah! aqui está.

Mariana. Allá voy, señor.

Girodeau. No, no, quédate. (*Para sí mirando la carta.*)

La habia guardado ahí, por precaucion...

Mariana. Voy corriendo, señor.

Girodeau. No hay necesidad!

Mariana. Sí, sí, señor, bajo en seguida.

Girodeau. Eso es; ahora que la digo que se esté quieta...

Mariana. (*Bajando.*) Aqui estoy, señor.

Girodeau. Vete al diablo... Te digo que ya no me haces falta... (*Va á cerrar la puerta y vuelve.*) Uf! respiro! es que el marques no se anda con chanzas, y si por una casualidad el importante asunto de que me ha encargado saliese mal... seria capaz de quitarme la administracion de sus bienes. Veamos si le esplico bien claro... Es tan descontentadizo!... (*Leyendo.*) «Mi venerado marques. Con la mayor satisfaccion tengo el honor de anunciaros que todo va saliendo á medida de vuestros deseos... gracias á la habilidad con que yo... Hum!... hum!... hum!... (*Continúa leyendo en voz baja.*) etc... etc... Bien! Si esta vez no queda satisfecho del celo, tacto y habilidad que he desplegado... digole entonces... (*Llamando.*) Mariana!

Mariana. (*Saliendo.*) Señor!

Girodeau. Está ahí Bertoldo?

Mariana. El señor Bertoldo? (*Se le queda mirando con aire de asombro.*)

Girodeau. Sí por cierto! responde... Por qué te quedas así, mirándome hecha una tonta?

Mariana. El señor Bertoldo, el tambor del cabildo?

Girodeau. El mismo... Bertoldo el tambor, el mozo de la oficina del ayuntamiento.

Mariana. Pero, señor, no sabeis que se marchó esta mañana á su tierra!

Girodeau. Toma! y es verdad! Como tengo tantas cosas en la cabeza!... Entonces entregarás estas cartas al hortelano. (*Escribe el sobre de la carta del marques.*)

Mariana. Si señor. (*Las va á coger.*)

Girodeau. Aguarda! No estás viendo que no he acabado? (*Separándola la mano.*) Vè á decir entre tanto á mi hija que venga aquí corriendo... que tenemos que hablar.

Mariana. Si señor. (*Vase.*)

Girodeau. (*Escribiendo el sobre.*) Al señor marques de Gerville, calle de San German en París. (*Va á poner la obleá.*) Ah! se me olvidaba decirle lo que me ha obligado á apresurar el asunto... (*Escribe, conforme va hablando, al pie de la carta que ha vuelto á abrir.*) «La noticia del regreso á Francia y de la próxima llegada del baron de Prangey!» — Si este amigo de la difunta hermana del marques supiese algo... podría ser un obstáculo...

Mariana. La señorita viene al momento.

Girodeau. Ah! está bien. (*Entregándola la carta.*) Toma, da estas cartas al hortelano... dile que eche esta al correo... y que lleve la otra al fuerte.

Mariana. Muy bien.

Girodeau. Y que se dé prisa. (*Siguiéndola.*)

Mariana. Bien está, señor. (*Vase.*)

ESCENA II.

GIRODEAU. EUGENIA.

Girodeau. Esto es... el marques recibirá mi carta mañana, y sabrá de ese modo pocas horas despues de la ceremonia...

Eugenia. (*Que acaba de salir.*) De la ceremonia?

Girodeau. (*Con alegría ridícula.*) Si, hija mia, sí, querida Eugenia... hoy mismo serás la esposa de Gustavo Dubourg... (*Movimiento de Eugenia.*) Es una sorpresa que te reservaba... El notario está avisado, el contrato estendido, y esta noche...

Eugenia. (*Turbada.*) Esta noche?

Girodeau. Sí... esta noche... á las ocho... Pero qué tienes?

Eugenia. Yo nada, padre mio.

Girodeau. Espero que aprobarás todo esto... y que no saldremos ahora con que el recuerdo de Eduardo...

Eugenia. Oh! no, padre mio.

Girodeau. Perfectamente. No faltaba mas... despues de su indigno proceder, que no tiene disculpa.

Eugenia. Oh! no por cierto... no la tiene.

Girodeau. Ya se ve... era de esperar. Cuando un militar jóven, rico y noble como el conde Eduardo de Trécy, finje amar á la hija de un plebeyo, de un pobre mayordomo como yo, lo hace únicamente por divertirse, por matar el tiempo, como ellos dicen... Buena tonta es la que se fia en sus juramentos!

Eugenia. (*Con ingenuidad.*) Es tan grato creer en ellos, sin embargo!

Girodeau. La vida de guarnicion es muy fastidiosa... sobre todo en una fortaleza á orillas del mar... en el fondo de la Normandía baja... Es preciso por lo tanto buscarse distracciones, aun cuando sea para dejarlas á lo mejor; y eso es lo que el señor conde ha hecho, desápareciendo de repente para ir á casarse.

Eugenia. (*De pronto.*) A casarse!

Girodeau. Asi es... un casamiento soberbio con no sé que duquesa...

Eugenia. Casado! (*Aparte con resentimiento.*)

Girodeau. Bueno es hacérselo creer! (*Aparte.*) Ayer mismo lo supe. Creia habértelo dicho.

Eugenia. Y yo que dudaba aun... (*Aparte.*)

Girodeau. Está indignada! — Bravisimo! (*Aparte.*) El tal Eduardo no escapa de esta. — A buen seguro que Gustavo (*Alto.*) se hubiese conducido asi... — Ese sí que es un jóven honrado y escelente, amable, pundonoroso... con todas las cualidades necesarias para labrar la felicidad de una jóven, no es verdad?

Eugenia. (*Suspirando.*) Sí, padre mio.

Girodeau. Y ademas, teniente á los 25 años, y sobrino del comandante del fuerte... No es rico, es verdad... pero como yo, gracias á las bondades del marques, puedo asegurarte un dote de doscientos mil (*Alzando la voz.*) francos... Doscientos mil francos!... Sabes que con esa cantidad se puede pasar muy bien y liacer un brillante papel en provincia?

Eugenia. (*Idem.*) Sí, padre mio.

Girodeau. Yo bien sé que para esto tendré que imponerme algunos sacrificios... pero te debo ese desquite por

el tiempo que me he visto obligado à tenerte separada de mí, en tu colegio de Valognes... confiada à manos estrañas. Creo que es por eso por lo que no me tienes todo el cariño que debias.

Eugenia. Oh, padre mio... qué idea!... Os confieso que he sufrido muchas veces por nuestra separacion... por vuestro olvido, pero... (*Gustavo habla dentro.*)

Girodeau. Eh? (*Aplicando el oido.*) No hay duda... es Gustavo Dubourg, tu futuro... (*Movimiento de Eugenia.*) Te marchas?

Eugenia. Tendreis tal vez que hablar... y yo...

Girodeau. Sí, en efecto... quiero que acabemos de arreglar ciertos asuntos... Y luego, no será malo que vayas à dar una vuelta por tu tocador. Anda, hija mia. (*Vase Eugenia.*)

ESCENA III.

GUSTAVO. GIRODEAU.

Girodeau. Eh! cómo está (*Yendo al foro.*) nuestro teniente?

Gustavo. Perfectamente, dignísimo magistrado. Y vos?

Girodeau. Ya lo veis. No vamos mal, gracias à Dios.

Gustavo. Siempre tan gordo... (*Dándole una palmada en la tripa.*) Bravísimo!

Girodeau. Ah! ah! ah! qué buen humor gasta!... es un diablo este mozo!

Gustavo. Y la señorita Eugenia? (*Mirando à su alrededor.*)

Girodeau. Buena tambien... acaba de separarse de mí. Hemos estado hablando justamente de vos.

Gustavo. De veras?

Girodeau. Eso os sorprende? en un dia como este?... el dia mas feliz de vuestra vida?

Gustavo. Qué! nada de eso. — Si no hay tal cosa, carísimo concejal... Esa felicidad se queda para otro...

Girodeau. Para otro... que vos?

Gustavo. Para otro dia.

Girodeau. Cómo puede ser eso, si la ceremonia debe efectuarse esta noche?

Gustavo. Imposible! un obstáculo imprevisto...

Girodeau. Un obstáculo... Cielos! (*Aparte.*) Si se habrá retractado su tío el comandante? Y yo que he escrito al marques...

Gustavo. Escuso deciros lo que me ha disgustado esa noticia.

Girodeau. Pues y á mí. (*Aparte.*) Pero en fin, ese obstáculo tan grande... cuál es?

Gustavo. La próxima llegada de un inspector general...

Girodeau. Oh! si no es mas que eso...

Gustavo. Os parece poco? un inspector! Creeis que á un inspector general se le recibe como á un recaudador de contribuciones ó á un alcalde de aldea?...

Girodeau. No digo eso... pero en fin...

Gustavo. En fin... en este momento... todo bicho viviente está ocupado en el fuerte... Se trabaja, se limpia, se lustra, se bruñe, se cepilla, se hace el ejercicio.— Soldados, oficiales, comandante, todos se disponen á presentarse dignamente á los ojos del inspector... ese supremo juez que puede con cuatro renglones dirigidos al ministro hacer destituir desde el último subteniente hasta el comandante de la ciudadela, sino está contento de su porte, ó no encuentra á cada cual en su puesto.

Girodeau. Ah! diablo! yo no sabia... Y á qué hora ha de llegar ese caballero?...

Gustavo. Lo ignoramos... eso es precisamente lo que nos trae á mal traer... y nos obliga á estar alerta... toda la noche.

Girodeau. Qué contratiempo! Sin embargo, es preciso ver cómo lo hacemos... si vuestro casamiento no se efectúa hoy mismo, no respondo ya de nada... os exponéis á perder un partido soberbio.

Gustavo. Qué decís?

Girodeau. Sí... una circunstancia imprevista y de suma gravedad. Ahora mismo acabo de escribirselo al comandante, y espero que él tomará sus medidas.

Gustavo. Entonces él decidirá lo que quiera... es mi tío, mi superior, y yo debo obedecerle... con una condicion sin embargo... (*Girodeau le mira sorprendido.*) Si señor... porque á medida que se acerca el momento... voy sintiendo... una especie de temor... de inquietud...

Girodeau. Y cuál es la causa?

Gustavo. He observado que desde que se empezó á tratar de esta boda, la señorita Eugenia está como triste, preocupada.

Girodeau. Nada de eso... es figuracion vuestra: ya se ve... una muchacha... educada lejos de la sociedad... en un colegio de provincia, de donde no ha salido sino para venir aqui... hará dos meses escasos... no puede tener todavía el uso, la costumbre... Eugenia no puede ser como vos y yo... Vos no podeis exigir eso.

Gustavo. No por cierto! (*Aparte.*) Que sea como tú sobre todo. — Sin embargo, permitidme que la hable... que la pregunte francamente...

Girodeau. Lo juzgo inútil. (*Movimiento de Gustavo.*) Pero si insistís en ello...

Gustavo. Insisto, si señor, insisto, no quiero tener en ningun caso cargos que hacerme.

Girodeau. Bien está! No hay nada que replicar á eso... Tales escrúpulos prueban vuestra delicadeza. — Voy á buscar á Eugenia... Tendreis tal vez que aguardar un instante, porque está en su tocador. — Quiero tomarme (*Aparte.*) tiempo para prevenirla. Hasta despues.

Gustavo. Aqui espero. (*Vase Girodeau.*)

ESCENA IV.

GUSTAVO.

Que diga lo que quiera... Asi no me quedará ninguna duda. Es preciso saber desde luego á qué atenerse... porque una muchacha con doscientos mil francos, bonita, candorosa y bien educada, es un excelente negocio. — Mejor aun que mi viudita de Valognes, la relatora, á quien habia prometido... pero es viuda... y la verdad... En fin, allá veremos... Si la niña Eugenia me dice por casualidad que no... entonces... qué hemos de hacer? me lanzo en la curia... me liago cuervo. (*Riéndose.*)

Daniel. (*Dentro.*) Si por cierto... el alcalde... el escribano... lo mismo me da!

Gustavo. Eh? Ah! es el soldado que encontré hace poco.

ESCENA V.

DANIEL. GUSTAVO.

Daniel aparece en el foro vestido de soldado licenciado, y con el canuto de hoja de lata colgado al pecho á manera de bandolera.

Daniel. Bien! bien! (*Hablando dentro.*) por el flanco derecho, y luego de frente... entiendo... Gracias, paisano... no os molesteis mas... y ojo al melonar, que andan por ahí muchos golosos...

Gustavo. (*Riendo.*) El mismo en persona.

Daniel. (*Reparando en él.*) Ah! calle! con vuestro permiso, mi teniente... vengo en busca de la autoridad local para visar mi hoja.

Gustavo. Pues estás en sus penates, camarada.

Daniel. Maldita la gracia tiene que lo haya adivinado con las señas que me dísteis... «irás todo derecho... atravesarás el puentecillo... en seguida volverás dos veces por el flanco izquierdo... una por el derecho... seguirás á lo largo de la tapia, darás media vuelta y marcharás de frente hasta llegar á la verja.»

Gustavo. Exactamente... veo que tienes una buena memoria...

Daniel. Qué remedio! el que tiene malas piernas... Cuando vos me encontrásteis hace poco al lado del fuerte... no podía ya con mi alma.

Gustavo. Verdad es... has descansado?

Daniel. Sí señor... y remojado además la palabra con medio jarro de sidra que vos mandásteis que me sacaran, y que la cantinera no ha permitido que pagase.

Gustavo. Ha hecho bien... tengo con ella cuenta abierta.

Daniel. Pues señor, gracias por todo! Ahora solo me falta tropezar con el alcalde y que me despache pronto. Quisiera ver si podía llegar hoy á Saint- Vaast.

Gustavo. No es imposible... son cinco leguas. Verdad es que con este calor...

Daniel. Calor! y qué? no es eso lo que á mi me arredra. — Vengo de Africa, y ya podeis figuraros que cuando se ha sentido sobre las costillas durante diez ó doce años el sol de aquel hemisferio... la verdad, se avergüenza uno de estos soles de por acá!... No, lo

que me incomoda en ciertos momentos para viajar matando hormigas... es esto, mi teniente! (*Se da en la pierna.*)

Gustavo. Alguna herida?

Daniel. Justo... esos endemoniados Kavilas... Vos no estareis á estas fechas sin haber oido hablar de la famosa carga que se dió en las alturas de Mouzaia?

Gustavo. No por cierto!

Daniel. Bien está!... pues yo era el que la tocaba... y armaba una zambra que ya! Ran... ran... ran... (*Imitando el tambor.*) Precisamente el día antes habia echado piel nueva á mi caja... Pues como os decia, yo iba el primerito, cuando al pasar por delante de unos matorrales... pif! paf! nos encajan una descarga: pchif! pchif! las balas llovian encima de nosotros!... buenas noches!... el tambor y yo fuimos rodando, heridos los dos gravemente... yo, al menos, porque lo que es la caja ya podeis figuraros que al día siguiente... como si tal cosa... Los tambores son como las serpientes de aquella tierra, que en estando malos todo se reduce á mudar de piel... y tan corrientes...

Gustavo. Ah! ah! ah! es hombre de buen humor.

Daniel. Pero como á mi no era tan facil echarme un remiendo, me llevaron á la ambulancia, y de allí á Marsella, en cuyo hospital despues de haberse divertido un cirujano en estirparme dos ó tres onzas de plomo, me ha dejado como veis... bueno, aunque no muy firme. Lo cual ha sido causa de que me hayan dado la licencia... si, mi licencia, que yo habia pedido hace tiempo, porque abrigaba aqui... (*Dándose en la frente.*) una idea! un proyecto... En fin, me embarcaron para Marsella.

Gustavo. Y has venido á pie de Marsella aqui?

Daniel. No señor, andando... Y sin descansar apenas, porque tenia mucha prisa de llegar.

Gustavo. Ah!

Daniel. Si por fin las prisas me hubieran servido de algo... Pero no... Tanto afan, tantas fatigas para nada... Ah! mi teniente! hay hombres que no han nacido para ser dichosos.

Gustavo. Qué quieres decir?

Daniel. Oh! nada... Desearia ver al señor alcalde.

Gustavo. Te has puesto triste. Y dime, adónde te diriges ahora?

Daniel. Yo?... En la actualidad, maldito si lo sé. Puesto que no he encontrado...

Gustavo. El qué?

Daniel. Nada... cierta persona... á quien un soldado... de mi regimiento me encargó que buscara.

Gustavo. En este país!

Daniel. A diez ó doce leguas de aquí, hácia Isigny... Cuando supo que me marchaba... « Daniel, me dijo... puesto que tienes la licencia... eres dueño de tu persona... y vas á Marsella... hazme el favor de llegarte á Isigny, allá, en Normandía.»

Gustavo. Ja! ja! Y esa persona reside (*Riendo.*) según dices en los alrededores de Isigny?

Daniel. A lo menos así lo creía él. Porque allá... en otro tiempo... en tiempo de la joven... Pero es preciso renunciar... todo el mundo ha desaparecido.

Gustavo. Por qué? Yo tengo algunos amigos en el regimiento que están muy relacionados aquí... y podré enterarme... ayudarte en tus pesquisas.

Daniel. De veras?

Gustavo. Sí por cierto; dándome tú algún indicio, informándome antes...

Daniel. Teneis razón! (*Deteniéndose.*) pero es el caso que... en todo esto se encierra un secreto... y el camarada me encargó mucho... bien, que si vos me prometeis ayudarme... Con que lo vais á tomar con interés?

Gustavo. Sí, hombre. (*Saca papel y tabaco y hace un cigarro mientras Daniel habla.*)

Daniel. Pues señor, una vez (*Yendo al foro á dejar su saco sobre una silla.*) que me lo prometeis... sabed que lo que voy á contaros tiene ya de fecha unos diez y ocho años... Mi camarada acababa de cumplir entonces los veinte, y quiso su mala estrella que cayese soldado, cosa que le apesadumbró mucho, porque estaba pagado de su figura... no era tonto... y no se sentía con maldita la gana de cargar con el chopo. Ya sabéis que en esto de gustos...

Gustavo. Vaya si lo sé; yo no puedo sufrir el vino de este país.

Daniel. El vino de manzanas?... Sí, no es el mejor que digamos... Pero todo quiere acostumbrarse... Pues, como iba diciendo, el camarada fue á reunirse con su regimiento... con la misma gana que los chicos cuando van á la escuela. Empezó su camino, y cierto día al pasar por la selva de Breteville, oyó de repente unos gritos agudos hácia el lado del río... Era que la cuerda de la barca acababa de romperse... La barca habia dado una voltereta... y los que iban encima...

Gustavo. Se habian quedado debajo?

Daniel. Exactamente. Lo peor era que la corriente se lo iba llevando todo hácia la presa de un molino... no muy distante de allí.

Gustavo. Diab! (*Con interes.*)

Daniel. El camarada en cuanto sabia nadar. Pero al ver mugeres en tan gran peligro... no vaciló un instante... hizo una buena resolucion, y se precipitó en el río entre el molino y la barca, á fin de detenerla al paso...

Gustavo. Muy bien... (*Suspendiendo su operacion para escuchar.*) Pero la corriente...

Daniel. Ah! la corriente seguia su curso... ya podeis calcular que no se pararia... La primera que le vino á las manos fue una jóven... La cogió y la llevó á la orilla... en seguida hizo otro tanto con una vieja... en seguida quiso salvar al barquero... pero este se agarró á él... la barca los enganchó á los dos... los arrastró hácia la falda de agua, cayeron arremolinados... y á Dios, mi dinero!

Gustavo. Pero el camarada, sin embargo, logró salvarse?

Daniel. Toma! por fuerza... cuando él me lo ha contado...

Gustavo. Y la jóven?

Daniel. La jóven tambien.

Gustavo. Era bonita? (*Con curiosidad.*)

Daniel. Que si era! (*De pronto.*) Asi parece... (*Conteniéndose.*) pero el camarada no lo supo hasta ocho dias despues... cuando pudo distinguir lo que pasaba á su alrededor... y entonces se encontró tendido en cama... en una sala (*Mirando el cuarto.*) como cuatro veces esta. Y descubrió... en un extremo... como

quien diria , alli enfrente... junto al hueco de la ventana... Sí, esto es, (*Mirando.*) de una ventana dos veces mas alta que esta... á la vieja que habia salvado leyendo su libro de oraciones en un sillón... (*Mirando al sillón.*) un sillón... como este.

Gustavo. Ja! ja! ja!

Daniel. Y alli... á su lado... una cara de virgen con dos estrellas por ojos... y dos manitas muy blancas... muy blancas... que estaban orando... (*Junta las manos.*) Lo cual fue causa de que él creyese estar viendo á su angel de la guarda. Quiso hablar, pero una de aquellas manos tan blancas le cerró los labios... y la otra le hizo asi. (*Se pone el dedo en los labios.*)

Gustavo. Hola! hola! hola!

Daniel. Algunos dias despues supo que estaba en casa de la muger anciana... en una casita aislada en la cual vivia con su hija... Lo cierto es que él no vió alli á nadie mas que á un pariente de la señora anciana que vino á verla una sola vez... el caballero... de... de... una especie de ciprés, muy alto y muy seco... que venia á pedir dinero... á la señora, se entiende...

Gustavo. Sí, porque lo que es al quinto... Y qué mas? (*A Daniel que se ha quedado pensativo.*)

Daniel. Qué mas?... (*Despues de una pausa.*) ahora, mi teniente, para abreviar... dejaremos pasar unos ocho ó nueve meses, si no lo tomáis á mal...

Gustavo. Y por qué?

Daniel. Por qué?... porque... sería la historia demasiado larga... y eso que al camarada aquel tiempo le pareció un sueño.

Gustavo. Es decir que se quedó? Pero vamos á esto; y el regimiento?

Daniel. Ahí está... Si el camarada se habia olvidado de él, no le habia sucedido lo propio al regimiento... Asi es... que una noche... Ah! mirad, solo de pensar en ello...

Gustavo. Y bien?

Daniel. Y bien!... fue preso... arrestado como prófugo, y en presencia de ella... ante sus propios ojos... (*Movimiento de Gustavo.*) Sí, delante de ella, que quiso detenerle, que intercedió por él... olvidando su posición... olvidando que su madre estaba alli... y que

descubria su secreto... Juzgad del sentimiento, de la cólera de la vieja... que segun supo entonces el camarada era condesa.

Gustavo. Condesa!

Daniel. Sí... una condesa de provincia. Afortunadamente adoraba á su hija... á no ser por eso... Dios sabe lo que hubiera sucedido... Pero al verla perder el color, caer desmayada á sus pies, la madre se estremeció... En cuanto á él, aprovecharon aquel momento para sacarle de allí... y le llevaron de brigada en brigada hasta Cherburgo... de allí á un calabozo... despues á las colonias... á Borbon, al Senegal... y mas tarde á Africa...

Gustavo. En donde tú le has dejado?

Daniel. Sí.

Gustavo. De suerte que no ha vuelto á ver á la que...

Daniel. Nunca! (*Con tristeza.*)

Gustavo. Y la jóven, qué se ha hecho?

Daniel. Murió á poco tiempo.

Gustavo. Y su madre?

Daniel. Vendió la quinta de Boisriou poco despues del suceso, y se retiró á una de sus posesiones, en donde sin duda habrá muerto tambien de dolor, sin revelar á nadie aquel secreto. Ya veis que lo mejor que puede hacer mi pobre camarada para curarse de sus tristes recuerdos, es buscar una buena acasion en que dejarse matar.

Gustavo. Quita allá!

Daniel. Qué tiene que hacer ya en el mundo. No, yo le conozco, y sé lo que pasa en su alma. Ese es el único medio que le resta de hallar tal vez allá arriba... (*Mirando al cielo con tristeza.*) todo lo que en la tierra ha perdido.

Gustavo. Qué locura!

Daniel. Asi os lo parecerá á vos, mi teniente, pero eso va en caractères.

Gustavo. Es verdad.

Daniel. Porque si he de dar crédito á la cantinera, parece que vos tambien...

Gustavo. Christ! no tan alto!

Daniel. Oh! teneis razon... olvidaba que segun me han dicho venis aqui por cierta señorita... y si ella ó el

padre supiesen... (*Con impaciencia.*) Pero vamos á ver... dónde anda ese padre... es decir... ese alcalde?... Es invisible?... (*Dando con su palo.*) Ah de casa! no hay nadie? (*Sale Girodeau.*)
Gustavo. Eh! no alborotes.— Aquí le tienes.

ESCENA VI.

DICHOS. GIRODEAU. *A poco* EUGENIA.

Girodeau. Vamos, hija mia, vamos. (*Dentro.*)

Daniel. Cómo! es este tío gordo?... y yo que le trataba de invisible. Buenas trazas lleva. (*Sale Eugenia. Daniel se detiene.*)

Girodeau. Os habreis aburrido... (*A Gustavo.*) pero ya os lo dije... Eugenia estaba ocupada.— Ah! qué es esto? (*Viendo á Daniel.*) Soy con vos... Habladla.

Gustavo. Señorita, os pido que me (*A Eugenia.*) dispenseis por haberos molestado. (*Continúan hablando en voz baja.*)

Girodeau. Qué se os ofrece, militar? (*Continúan hablando en voz baja.*)

Daniel. Eh? (*Volviendo en sí.*)

Girodeau. Qué quereis? (*Sentándose á la mesa.*)

Daniel. Yo!

Girodeau. Sí... vos.

Daniel. Decir que un padre como este tiene una hija tan bien... tan...

Girodeau. Eh? Qué decis?

Daniel. Cómo?

Gustavo. Viene á que le viseis su hoja de ruta...

Girodeau. Bien; dónde está?

Daniel. Asi sería ella (*Mirando á Eugenia.*) en el dia.

Girodeau. Quién?

Daniel. Cómo?

Girodeau. Vamos á ver, militar... quereis hacer el favor de...

Daniel. Ah! (*Suspirando.*)

Girodeau. Militar! acabemos... me dais la hoja, sí ó no?...

Daniel. Ah! sí... al momento.

Girodeau. Gracias á Dios... Cuidado que el hombre...

Daniel. Y todos los demas (*Dándole sus papeles.*) docu-

mentos... atestado de buena conducta, hoja de servicios... quereis mas? pedid.

Gustavo. Es decir, señorita, (*A Eugenia con galantería algo brusca.*) que no es por violencia... que accedeis por vuestra propia voluntad?

Eugenia. Si señor.

Girodeau. Ah! ah! parece que ya se van entendiendo...

Gustavo. Y que os dignais concederme esta preciosa mano, sin sacrificio ni pesar alguno?

Daniel. No parece sin embargo (*Aparte viendo á Eugenia que vacila en contestar.*) que tiene mucha prisa.

Gustavo. Y bien?

Eugenia. Sí señor.

Gustavo. Será cierto? Ah! amable (*Con alegría.*) Eugenia; tanta bondad... (*La coge una mano.*)

Daniel. Eh? qué (*Reparando en la emocion de Eugenia.*) es lo que tiene? cualquiera diria...

Eugenia. Caballero!... (*A Gustavo queriendo retirar su mano.*)

Daniel. No hay duda, (*Que no ha quitado los ojos de Eugenia.*) pierde el color!...

Girodeau. Quién?

Daniel. No lo estais viendo?

Girodeau. El qué?

Daniel. Sus rodillas flaquean.

Gustavo. Cielos! (*Tira el palo y corce á Eugenia.*)

Girodeau. Qué es esto? adónde va? (*Levantándose.*)

Daniel. Pronto! (*Sosteniendo á Eugenia.*) una silla.

Dadme una silla. (*A Girodeau.*)

Girodeau. Pero qué es lo que pasa?

Daniel. Se ha puesto mala.

Girodeau. Ah! Ba! eso no será nada... es la emocion...

Mi difunta madama Girodeau, el dia de nuestra union... (*Gustavo ha traído una silla y ayudado á Daniel á sentar á Eugenia.*)

Daniel. Eh! buenos estamos ahora para... traed un vaso... un frasquillo de cualquier cosa... agua... vinagre... andad pronto... abrid la ventana... meneaos.

Girodeau. Si, sí, sí. (*Que va y viene medio aturdido.*)

Daniel. Pero despachaos. (*Dando una patada en el suelo.*) No, quedaos! (*Viendo á Eugenia que vuelve en sí á favor de un pomo que Gustavo ha ha-*

llado encima de la chimenea.) Ya se acabó! quedaos!
Girodeau. Pero qué es esto, señor militar? (*Deteniéndose.*) Estoy viendo que os habeis tomado la libertad de hacerme ir y venir.

Daniel. Falso! yo no os hago ir ni venir, os estoy diciendo que os quedeis.

Girodeau. Y con qué derecho me mandais á mi? Eh? decid! (*Acercándose.*)

Daniel. A un lado! á un lado digo! Sois muy gordo, y estais obstruyendo el paso del aire.

Gustavo. Os sentis mejor? (*A Eugenia.*)

Girodeau. Sí, ya está mucho mejor.

Daniel. No es á vos á quien se pregunta.

Girodeau. Silencio! (*A Gustavo.*) Cuando yo os decia... no ha sido nada. No es verdad, hija? (*A Eugenia, que se levanta.*)

Eugenia. Sí, padre mio. (*Esforzando para sonreír.*)

Daniel. Sí... pues! ya lo voy creyendo. (*Aparte.*)

Girodeau. Animo. Olvida á un ingrato que no merece... ánimo.

Eugenia. Lo tendré, padre mio. Vos me habeis dictado mi deber, y le cumpliré.

Girodeau. Esto es. Y ahora (*A Gustavo.*) que ya sabeis lo que queriais saber... no perdamos el tiempo... Id á ver si vuestro tío... espero que él hallará medio de que quede hoy todo concluido. Eugenia entre tanto irá á prepararse. Y tú, ya tienes tu hoja corriente. (*A Daniel.*) Desaloja.

Daniel. Está bien. (*Yendo á tomar su hoja y sus papeles.*)

Gustavo. Si vuelves á pasar por la cantina, no lo dejes por cortedad, camarada.

Daniel. Gracias, mi teniente.

Girodeau. Vamos, vamos!

Gustavo. Señorita! (*Saludandó.*)

Daniel. Como averiguaría yo lo que (*Aparte.*) tiene? (*Eugenia contesta al saludo de Gustavo y se retira apoyada en Girodeau.*)

Girodeau. Ya está (*Despues de haberla acompañado dice á Gustavo:*) como si tal cosa... Todo ello era la alegría... y la alegría no mata. Hasta la vista.

Gustavo. Quedad con Dios.

Daniel. La alegría! (*Que se ha quedado con los ojos fijos*

en la puerta por donde ha salido Eugenia , y arrollando los papeles que tiene en la mano.) Llama á eso alegría! Y no ve que la pobre muchacha se está ahogando de pena. — Ah! siento tenerme que marchar.

ESCENA VII.

DANIEL. GIRODEAU.

Girodeau. Y bien... qué haces tu ahí?

Daniel. Yo... nada. *(Cortado.)* Si... hubiera deseado volverla *(Aparte.)* á ver otra vez.

Girodeau. Eh?

Daniel. Nada mas que otra vez.

Girodeau. Pero señor! te acabarás de marchar? Qué es lo que aguardas?

Daniel. El qué? Mi hoja! aguardo mi hoja!

Girodeau. Tu hoja! *(Mirando á la mesa.)* No te he dicho que estaba sobre la mesa? Calle! bueno sería que...

Daniel. Ah! *(Para sí y mirando á la puerta.)* volverla á ver... oírla... Daria por ello...

Girodeau. Es particular! *(Buscando la hoja.)* Pero, maldito! *(Viéndola en manos de Daniel.)* te estás burlando de mí?

Daniel. Oh! sí. *(Embebecido en sus pensamientos.)*

Girodeau. Cómo? Pero si la *(Cogiendo la hoja.)* tienes aquí, visada ya y firmada.

Daniel. Bien.

Girodeau. Bien! qué es lo que reclamas entonces?

Daniel. Qué reclamo? nada.

Girodeau. Bueno. — Pues entonces... prosigue tu camino.

Daniel. Bien está; no hay que alborotar; ya me voy. *(Vase mirando la hoja.)*

Girodeau. Gracias a Dios... se me iba acabando la paciencia!

Daniel. Con licencia, señor magistrado. *(Volviendo.)*

Girodeau. Otra vez... Nada, no se marchará!

Daniel. Decid... Y el... *(Hace el ademán de poner el sello.)* el... Como llaman á eso... la firma esa... la marca...

Girodeau. Ah! el sello... el sello del ayuntamiento... Es

verdad... se me había olvidado... bien que en teniendo mi firma...

Daniel. No importa... (*Dándole la hoja.*) hacedme el favor de ponerle... Si (*Aparte.*) viniese ella entre tanto... (*Alto.*) Me gusta que mis papeles estén en toda regla... y si teneis sello...

Girodeau. Ciertamente (*Buscándole en el cajón de la mesa.*) que le tengo... crees tú que la municipalidad que yo presido...

Daniel. Podría hacer nada sin sello! Teneis razon.

Girodeau. Vaya si tengo razon! pero lo que ahora importa es saber adónde le ha puesto Bertoldo.

Daniel. Bertoldo!

Girodeau. Eh! si... el mozo de la oficina, encargado de guardar la caja de la tinta y el tapon. Ah! (*Acordándose.*) ah! en el cofre del corredor. (*Va á abrir la puerta de la izquierda, la cual se resiste.*) Qué es esto? que diablos hay aqui dentro que impide... (*La puerta cede, se baja y tira hácia sí un tambor.*) Ah! es el tambor. (*Entra en el corredor.*)

Daniel. Famoso! está bueno (*Examinando el tambor.*) el picaro como hay Dios. Pero señor, hay conciencia para tratar asi un instrumento... luego querrán que suene bien.

Girodeau. Qué es eso? (*Saliendo con la caja.*)

Daniel. Qué ha de ser? que teneis un tambor tisico... mirad... (*Du en él.*) ni alientos le quedan ya. Es un cargo de conciencia... porque la caja no es mala... y con un poco de esmero... (*Le aprieta las cuerdas.*) Pero quién ha sido el salvage... el beduino...

Girodeau. Bertoldo! (*Que ha preparado el sello.*)

Daniel. Bertoldo habia de ser! y dónde está ese Bertoldo, que quiero darle la enhorabuena...

Girodeau. Se ha marchado.

Daniel. Se ha marchado! (*Deteniéndose.*)

Girodeau. Sí, esta mañana.

Daniel. Se ha marchado... (*Mirando á la puerta de Eugenia.*) Y entonces... creo haberos oido decir antes que Bertoldo era...

Girodeau. Tambor del ayuntamiento.

Daniel. Y mozo de esta oficina.

Girodeau. Sí.

Daniel. Es decir... que si uno que es dueño de su tiempo... y de sus acciones... y á quien en el dia ya le da lo mismo vivir aquí que en otra parte... se ofreciese á reemplazarle?...

Girodeau. Pues qué? conoces á alguno?

Daniel. Presente. (*Saludando militarmente.*)

Girodeau. Tú! sabes tocar el tambor?

Daniel. Que si... Vaya una best... Es decir que vos no sabeis leer?

Girodeau. Eh?

Daniel. A ver si no? (*Enseñándole la hoja.*) Está con todas sus letras... señas particulares... tambor retirado.

Girodeau. Ah! (*Leyendo la hoja.*)

Daniel. Supongo que no estareis á estas fechas sin haber oido hablar de la carga... de las alturas de Mouzaia?

Girodeau. De qué?

Daniel. Pues bien, yo fui el que tuvo el honor de tocarla. (*Coge la caja.*)

Girodeau. La Mouzaia! Y qué música es esa?

Daniel. Famoso! Vaya un empleado del gobierno, que ignora las glorias de su pais. Si quereis una prueba, allá va. (*Coge la caja con una mano y un palillo en la otra, y toca una llamada.*)

Girodeau. Basta! bien! bien! (*Tapándose los oídos.*)

Daniel. Esto es; si estais contento, dadme el empleo; me hareis un gran favor en ello, y no os pesará.

Girodeau. Bien está; concedido.

Daniel. Ah! (*Quiere tocar un redoble.*)

Girodeau. Bien, bien, gracias. (*Tapándose los oídos.*)

Daniel. Si, mi alcalde.

Girodeau. Y para dar principio desde ahora, te revisto con el tapon y la tinta del gobierno. Empieza á ejercer tus funciones, poniendo tú mismo el sello en tu hoja de ruta.

Daniel. No hay para qué, una vez que me quedo.

Girodeau. Ah! tienes razon: cuidado si soy...

Daniel. Es verdad!

Girodeau. Entonces vuelve á llevar todo eso á su sitio.

Daniel. Volando. (*Colocando el tambor primero.*) La volveré á ver! (*Aparte y marchándose por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

DICHOS. GUSTAVO.

Gustavo. Ah! aqui está. (Saliendo precipitadamente por el foro.)

Girodeau. Y bien?

Gustavo. Teniais razon... mi tío ha encontrado un medio de arreglarlo todo.

Girodeau. Cuando yo os decia...

Gustavo. Ah! (Reparando en Daniel, que viene á buscar la caja.)

Daniel. Sí, soy yo, mi teniente... No hagais caso! soy de la casa... (Durante el diálogo siguiente, hace como que coloca el tapon en la caja.)

Girodeau. Con que vamos á ver... qué es lo que vuestro tío ha ideado?

Gustavo. La cosa mas sencilla del mundo... Si yo hubiese reflexionado... pero en fin... Para ir de aqui á la ciudadela, bastan cuando mas cinco minutos, y el carruaje del general necesita diez por lo menos para subir la cuesta. Todo está por consiguiente reducido á que nos avisen con tiempo...

Girodeau. Sí.

Gustavo. Pues bien... los tambores de la guarnicion; colocados sobre las alturas de distancia en distancia, (Señalando á derecha é izquierda de la puerta.) estarán en acecho... el primero que divise el carruaje tocará marcha... el general creerá que es para hacerle los honores... los demas tambores imitarán al primero, y asi sucesivamente hasta los de la ciudadela... Nosotros los oiremos y podremos llegar á tiempo de ponernos sobre las armas.

Girodeau. Y el inspector!

Daniel. Se quedará con un palmó de narices.

Girodeau. Sí... Oyes, quieres hacerme (Volviéndose.) el favor de irte tú...

Daniel. No hagais caso... soy de la casa.

Girodeau. Eres... eres... (Señalando á la caja del sello.) Y esa caja?

Gustavo. Pero es preciso que nos demos prisa... mi tío y los testigos no tardarán en venir, como tambien el

alcalde, que está ya de vuelta. (*Va á mirar hácia el foro.*)

Girodeau. De vuelta? Bravo, así podré marcharme mañana, é ir á comunicar al marques el feliz éxito... (*Llamando.*) Mariana, está pronta la señorita Eugenia?— Si... Entonces, venid, iremos (*A Gustavo.*) á buscarla para conducirla al salon. Pronto, pronto.

Gustavo. Allá voy, allá voy. (*Vause los dos muy de prisa.*)

ESCENA IX.

DANIEL.

Pronto! pronto... qué prisa tienen! Y todo para sacrificar á la pobre muchacha... para obligarla á que se case con uno á quien no ama... Es indigno! No sé cómo hay padres que tengan corazon para eso. (*Con cólera.*) Oh! yo soy un pobre soldado... pero si hubiese encontrado á mi... (*Se detiene y mira en torno suyo.*) Si el cielo lo hubiese permitido! Oh! todo lo que hubiese podido hacer para evitarla un disgusto... un pesar... (*Sentándose con desaliento.*) Nunca! ahora ya nunca!— Ah! si al menos hubiese podido olvidar... borrar de aquí... pero no... en vano lo he intentado... Y hoy, sin ir mas lejos, al ver á esa jóven tan bella... tan resignada... y de su misma edad... con un metal de voz tan parecido al suyo... No es ilusion, no... al escucharla... lo he recordado todo, y sin embargo, ya hace diez y siete años de esto... diez y siete años! (*Quédase parado y se enjuga una lágrima.*)

ESCENA X.

DANIEL. EDUARDO.

Eduardo. Tanta gente reunida á estas horas! qué significa? (*Reparando en Daniel.*) Ah! aquí hay un hombre.

Decidme, amigo...

Daniel. Eh? (*Volviéndose.*)

Eduardo. Cielos! qué es lo que veo?

Daniel. Mi capitán! (*Con alegría.*)

Eduardo. Tú aquí, veterano.

Daniel. No hagais caso... soy de la casa.

Eduardo. Me alegro de ello... Yo que te creía enterrado en Mascara.

Daniel. Adonde me hicisteis trasportar sobre vuestro caballo... despues de la famosa carga de la Sierra de...

Eduardo. El buen Daniel!

Daniel. Ah! no se me ha olvidado, no, que me habeis salvado la vida... Un oficial!... sino hubiese sido por vos estaria enterrado á estas fechas en la tierra de los Kabilas.

Eduardo. Oficial! y qué importa? Cuando la muerte está delante no hay oficiales ni soldados, no hay mas que hermanos. Ademas, que yo estaba en deuda contigo desde el dia aquel...

Daniel. Oh! punto en boca sobre ese particular... lo pasado, pasado, mi capitan.

Eduardo. Comandante, si no lo tomas á mal.

Daniel. Comandante! me alegro... porque es señal de que lo habeis ganado.

Eduardo. Pues, sin embargo, probablemente estaria aun esperando ese ascenso, á no ser por una circunstancia bastante rara. A mi regreso de Africa, me enviaron de guarnicion aqui cerca, al fuerte de la Hougue. Pero hará cosa de un mes recibí de repente el despacho de comandante de escuadron y la orden de regresar inmediatamente á Africa, cosa que no me hizo maldita la gracia.

Daniel. Por qué razon?

Eduardo. Por ciertos proyectos que me era preciso abandonar alejándome de aqui. Una jóven encantadora...

Daniel. Calle! seria por casualidad la señorita Eugenia?

Eduardo. Cómo sabes tú...

Daniel. Contadme, contadme.

Eduardo. Pues bien... sí, ella era, y entonces supe que habia debido mi ascenso al influjo de un cierto marques de Gerville.

Daniel. De Gerville! (*Sorpreudido.*)

Eduardo. Qué?

Daniel. Nada... que ese nombre de Gerville... me parece que no es esta la primera vez...

Eduardo. Supe, en fin, que se habia buscado ese medio para alejarme de aqui.

Daniel. Qué tal? Si decia yo bien! Ahora lo comprendo todo.

Eduardo. Pero no se saldrán con la suya, porque ya estoy de vuelta.

Daniel. Un poco tarde, mi comandante.

Eduardo. Cómo!

Daniel. Eh! ya sabeis aquel adagio... á muertos y á vivos... (*Movimiento de Eduardo.*) Y en este mismo momento... la señorita Eugenia por obedecer á su padre!... (*Señala á la sala de la derecha.*)

Eduardo. Su padre! Oh! el baron de Prangey, pariente mio, que conoce á la familia de Eugenia... me ha revelado acerca de eso un secreto... del cual no ha podido contarme todos los detalles. El marques de Gerville, segun me ha dicho, es el único que podia completar los informes...

Daniel. De Gerville!

Eduardo. Qué tienes?

Daniel. Nada... nada... mi comandante... pero...

Eduardo. Escucha! (*Aplicando el oido.*) Daniel! ves esos oficiales? (*En el foro.*)

Daniel. Sí, son los testigos... que vienen para el casamiento.

Eduardo. El casamiento! Pues qué! Eugenia?...

Daniel. Sí por cierto. Por eso estan ahí todos ellos... Pero es preciso impedirlo, no es verdad? la van á hacer desgraciada... Y una vez que la amais...

Eduardo. Que si la amo! Mas que mi vida.

Daniel. Oh! pues entonces no hay que vacilar. Dejádme arreglarlo á mí.

Eduardo. Cuál es tu designio?

Daniel. Sí... sí... eso es... (*Cavilando.*) Quedaos aqui... y antes de dos minutos... el casamiento... Verdad es que mañana... pero mañana como dicen... será otro dia.

Eduardo. Pero...

Daniel. Pero... dejádme á mí... yo respondo de todo. (*Vase precipitadamente por el corredor en que dejó el tambor.*)

ESCENA XI.

EDUARDO.

Dónde irá? cuál será su proyecto? Si no consiguiese nada... si la boda... Pero cómo ha podido consentir Eugenia... me habrán acusado, calumniado á sus ojos... Ah! si no escuchase mas que á mi indignación... á mi cólera, iria ahora mismo... Sí, ya es harto esperar: voy á pedir cuenta á ese Girodeau. (*Dirigese hácia la derecha y se detiene al oír dentro el ruido de un tambor que bate marcha. Casi al mismo tiempo otro tambor mas lejano repite el toque.*) No me engaño... tocan marcha. (*Un tercer tambor y otros despues de este baten como los precedentes.*) El ruido de los tambores es cada vez mas cerca del fuerte. Qué significa?... (*Oyense muchos tambores tocar á la vez hácia el lado de la ciudadela.*) Es una marcha de honor. (*Rumores á la derecha.*) Eh! qué veo? todo el mundo sale de la sala precipitadamente.

ESCENA XII.

DICHO. DANIEL. A poco GIRODEAU. EUGENIA. MARIANA.
JARDINEROS.

Daniel. Ea! allá va eso; todos corren... El futuro, el tío, los testigos, el alcalde... todo se lo llevó la trampa. Derrota completa, fuga precipitada, general, total y universal.

Eduardo. Pero cómo ha sido esto?

Daniel. Por la magia (*Enseñando los palillos.*) de mis palillos... (*Viendo entrar á Girodeau.*) Oh! (*Ocultta sus palillos á la espalda, y va á tirarlos al corredor.*)

Girodeau. Gran Dios! (*Sufriendo todo aturdido.*) qué contratiempo! Llegar ese maldito inspector precisamente á tiempo en que el alcalde... (*Reparando en Eduardo.*) El conde! (*Se queda estupefacto.*)

Eugenia. Cielos! Eduardo!

Girodeau. Eugenia! (*Deteniéndola.*)

Eduardo. Oh! no esperéis enganarla, y separar nos nuevamente. La amo.

Girodeau. Señor conde, hablar á mi hija de ese modo delante de mí!

Eduardo. Esta señorita no es vuestra hija.

Eugenia. Gran Dios!

Girodeau. Que no es mi... (*Estupefacto.*)

Eduardo. Pero una vez que vos podeis disponer de su mano... vengo á pedirlosla.

Girodeau. Oh! qué idea! (*Aparte.*) Señor conde, estoy muy distante (*Alto.*) de rechazar... pero ya calcularéis... que en este momento... sería difícil...

Daniel. Hablará con sinceridad? (*Aparte.*)

Girodeau. Mañana, sin falta, á las diez... tendré el honor de daros una respuesta definitiva.

Eduardo. Ah! (*Con alegría. Aprovecha el momento en que Girodeau va á hablar á Daniel para acercarse á Eugenia.*)

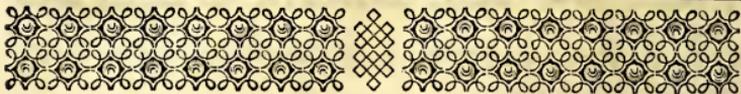
Girodeau. Vé corriendo á mandar disponer (*A Daniel.*) un coche... Nos marchamos de aquí.

Daniel. Eh?

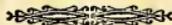
Girodeau. A las doce.

Daniel. Se marchan! Ah! (*Aparte.*) aun cuando se la lleve al fin del mundo, yo la seguiré. (*Los tambores, que han cesado algun tiempo, vuelven á oirse con mas fuerza. Girodeau se tapa los oidos. — Cuadro final.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Acto segundo.



Una sala elegante en casa del marques. Puerta al foro que da á un jardin. Ventana, etc.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES. GIRODEAU. ESTEBAN.

Al levantarse el telon el marques, de bata y con un pañuelo de seda atado á la cabeza, se pasea de un lado á otro muy agitado.

Girodeau. Y qué dispone por último el señor marques?
Marques. Eh!... lo sé yo acaso? Dejad que (*Irritado.*) me tome tiempo... porque os juro que no sé dónde tengo la cabeza... Tantos obstáculos imprevistos... Esa boda deshecha... Todo ello me trae vuelto el juicio...

Girodeau. No, y hay por qué... (*Sacando la caja y tomando un polvo muy tranquilamente.*)

Marques. De veras? (*Mirándole.*) Pues nadie lo diria al veros ahí con esa flema... en vez de ayudarme... Es inaudito... estoy que me ahogarian con un cabello... y él entre tanto ahí tomando su polvo... (*Acercándose y tomándole él otro de la caja vivamente.*) despues de haber venido á noticiarme muy tranquilamente...

Girodeau. Tranquilamente!... y hemos venido en posta... á todo galope dia y noche... patapum... patapum!...

Marques. Eh! (*Al criado que se presenta en la puerta*

de la izquierda.) Qué es eso? á cuántos estamos de peinado? habeis acabado de rizar eso?

Esteban. *(Que está acabando de arreglar un peluquin rubio peinado á la moda.)* Está al momento, señor.

Marques. Un plan tan bien combinado!... Porque en fin... una vez casada Eugenia con el teniente Dubourg, que mediante doscientos mil francos de dote me dejaba en plena posesion...

Esteban. Si el señor marques quiere quitarse el pañuelo...

Marques. Bien... bien... — Quedaba *(Para sí.)* yo dueño de la magnífica herencia de mi difunta hermana la condesa de Boisrion. *(Va á quitarse el pañuelo, y mira á su alrededor.)* Ved si hay por allí alguien... *(A Esteban que va á cerrar la puerta del foro.)* y aumentando de ese modo mi patrimonio, hacia estender hoy mismo el contrato de boda con la duquesa de Champignaud... un partido magnífico. *(Viendo á Esteban que ha vuelto á acercarse á él con el peluquin en la mano.)*

Girodeau. Soberbio cráneo! *(Aparte.)*

Marques. Y ahora, *(Acomodándose el peluquin.)* buenas noches... estamos tan adelantados como al principio... gracias á vuestra torpeza.

Girodeau. Pero sino ha sido por culpa mia!...

Marques. Si tal... habreis cometido alguna bestialidad... No sé dónde diablos tenia yo la cabeza cuando fui á buscaros... Estas gentes de aldea no tienen el menor tacto... Mi frac! *(Al criado.)* Y luego se os *(A Girodeau. Esteban entra en la puerta de la derecha.)* ocurre la maldita idea de traerme á mi casa esa muchacha... figuraos las hablillas á que eso dará lugar...

Girodeau. Como el señor conde de Trécy se apareció allí de repente... yo juzgué que os complaceria trayendo á vuestra sobrina.

Marques. Majadero! *(Rápidamente, ayarrándole del brazo y mirando hácia el gabinete por donde entró Esteban.)* Quereis callar! Olvidais que os he prohibido dar ese título...

Girodeau. Si, señor marques. *(Trémulo.)*

Marques. Bien está; cuidado con olvidarlo otra vez. Si llegasen á descubrirlo, como no hubiera dejado de su-

ceder si se hubiera tratado de casamiento con una familia tan poderosa como la de Trécy...

Girodeau. Si... si... esa familia hubiera mostrado mas curiosidad que el teniente Gustavo...

Marques. Pero cómo ha podido averiguar el conde?...!

Sin duda, alguna indiscrecion del baron de Prangey, ese antiguo amigo de mi hermana... Pero yo tomaré en adelante mis medidas... Y para empezar desde ahora, una vez que habeis venido aqui sin que el conde Eduardo lo sepa... Estais cierto de que no lo sabe?

Girodeau. Oh! en cuanto á eso...

Marques. Bien! Entouces, antes de que el conde averigüe vuestro paradero se pasarán algunos dias... y en el interin, yo aprovecharé ese tiempo para poner á Eugenia fuera del alcance de sus persecuciones.

Girodeau. Dónde?

Marques. Conozco particularmente á la superiora del convento de Santa Margarita, en el Marais...

Girodeau. La vais á meter en un convento?

Marques. Si por cierto; qué tenemos?

Girodeau. Es que... ahora que ella conocé las miras del conde... temo que se niegue á seguirme...

Marques. Diantre! es preciso á cualquier precio evitar un escándalo... decidla que venga... yo la hablaré...

Girodeau. Si, si, mas vale eso... (*Dirigiéndose á la izquierda.*) Daniel! (*Abriendo la puerta y llamando.*)

ESCENA II.

DICHOS. DANIEL.

Daniel. Presente!... aqui estoy; mi alcalde!

Girodeau. Chist! no hables tan alto.

Daniel. Os duele la cabeza... lo siento mucho.

Girodeau. Eh! qué hace la señorita Eugenia? qué dice?

Daniel. Qué dice. (*Alto.* *Girodeau le hace señas de que hable bajo.*) Ah! si... perdonad... Dice lo que dice siempre desde ayer... nada... medias palabras... ya sabeis.

Girodeau. El hecho es... (*Al marques le habla bajo.*)

Daniel. Y que no miento... (*Para sí.*) es imposible sacarla una palabra... y luego, no sé por qué, no me

atrevo á preguntarla nada... A pesar de su aire bondadoso y afable, hay en ella cierta cosa que le deja á uno cortado.

Marques. Oh! á mi me responderá! (*A Girodeau.*)

Daniel. Eh? qué? Calle! (*Quédase sorprendido y le examina.*)

Marques. Qué hay?

Daniel. Es particular. (*Para sí, y mirando al marques á las pieruas.*)

Girodeau. No oís lo que os dice el señor marques?

Daniel. Marques! y el otro era... (*Aparte.*) No es eso.

Marques. Es sordo? (*A Girodeau.*)

Daniel. Yo! no, señor... Ah! (*A Girodeau.*) y tambien sigue llorando y suspirando siempre. (*Esteban vuelve á salir con el frac.*)

Girodeau. Lo oís? (*Al marques.*)

Marques. Bien... bien... ya se consolará en aquella otra parte. (*A Daniel.*) Id á buscarla. (*Se quita la bata.*)

Daniel. Si señor. (*Aparte.*) En aquella otra parte. Adónde querrán llevarla?

Marques. No habeis oido? (*Volviéndose.*)

Daniel. Pues señor, (*Aparte alejándose y mirando siempre las piernas del marques.*) no tiene duda... es un hombre absolutamente como el otro... montado al aire...

Marques. (*Para sí mientras se pone el frac.*) Es mucho contratiempo este. (*Va á abrir la puerta de la izquierda.*)

ESCENA III.

DICHOS. EUGENIA.

Daniel. Animo, señorita. (*A Eugenia al salir.*)

Marques. Acercaos. (*A Eugenia.*)

Daniel. Andad... (*Bajo á Eugenia, que vacila y tiembla.*) y no temais... yo estaré allí...

Marques. Acercaos... Dejadnos. (*A Daniel.*)

Daniel. Yo! (*Descouvertado.*)

Girodeau. No oís que os marcheis?

Daniel. Si... si...

Marques. Sentaos! (*A Eugenia. El marques se sienta.*)

Daniel acerca una silla para Eugenia.)

Daniel. Diablo! (*Aparte al marcharse.*) Con tal que la (*Haciendo por ver por la ventana.*) division de reserva haya llegado ya... No será malo ir á verlo, para echarla por acá en tiempo oportuno... (*Viendo á Girodeau que se dirige á él, y fingiendo que busca y no sabe manejar el pestillo de la puerta.*)

Girodeau. Pero señor... te acabarás de ir?

Daniel. Ah! esto es... era la máquina... el pestillo este... que no queria abrir. (*Vase haciendo una seña para animar á Eugenia.*)

ESCENA IV.

DICHOS, *escepto DANIEL.*

Marques. Hum! (*A Eugenia.*) Ya tendreis noticias de los motivos que han determinado á Mr. Girodeau á sacaros de Normandía?

Eugenia. Caballero!

Marques. Se trataba... bien lo sabeis, de separaros de una persona cuyo regreso pudiera comprometer los proyectos formados por el señor Girodeau y por mí para asegurar vuestra suerte y vuestra felicidad.

Eugenia. Mi felicidad!... Ah, señor... acaso puede haberla para mí en adelante?

Marques. Por qué?

Eugenia. Eso me preguntais, cuando creía tener familia... conocer el apellido de mis padres... y de repente sin dignarse siquiera decirme nada...

Marques. Existen razones poderosas que se oponen á ello.

Eugenia. Oh! Señor, por piedad! Vos que sabeis, que conoceis... (*Movimiento del marques.*) El señor Girodeau me dijo que si vos teniais por conveniente instruirme...

Marques. Vos habeis dicho... (*A Girodeau, que está sentado al lado de la mesa de la derecha.*)

Girodeau. No, yo no he dicho eso precisamente... tan solo en un momento en que esta señorita lloraba... y ya se ve... para...

Marques. Silencio! (*Aparte.*) Habrá babieca!

Eugenia. (*Rogándole.*) Señor marques!

Marques. Es imposible... Ese secreto que deseais saber

he prometido guardarlo á vuestros padres, con quienes me unian lazos... de amistad... de pura amistad!

Eugenia. Es decir que me abandonan. (*Con abatimiento.*)

Marques. Calmaos. (*Girodeau enternecido saca el pañuelo.*)

Eugenia. Pero eso no puede ser... No... no es verdad, caballero? Si ellos no me reclaman... es que no existen... á no ser así no tendrían valor para cerrarme los brazos... para olvidarme de este modo.

Marques. Calmaos, vuelvo á deciros... (*A Girodeau, que se limpia las lágrimas metiendo ruido.*) Quereis callar vos?

Eugenia. Señor marques... yo os lo suplico... decidme siquiera si viven aun... si el cielo me los ha conservado... Yo pediré á Dios que permita que lleguen mis ruegos hasta su corazón... Qué les he hecho yo para rechazarme así... á mí, á su hija?

Marques. Hum! hum! (*Turbado tambien y esforzándose aparte.*) Será cosa de que yo tambien...

Girodeau. Cuando yo os decía...

Marques. (*Bajo.*) Silencio, repito. (*Alto.*) Yo hubiera deseado, hermosa niña, evitaros un nuevo motivo de allicion... Pero una vez que insistis... no puedo menos de confesaros... que en efecto vuestros padres...

Eugenia. No existen! (*Con dolor.*)

Marques. Pero nosotros hemos prometido cuidar de vos... protejeros...

Eugenia. Sola... sola en el mundo!

Marques. Sola! no... puesto que vivimos nosotros!

Eugenia. Y él... Eduardo, mi postrero, mi único apoyo... tan lejos de mí, separados para siempre!

Marques. Nosotros hemos debido conducirnos así por vuestro propio interes... Yo no os hago cargo alguno... bien lo veis! Y sin embargo, vuestro empeño en recusar el esposo que os habíamos elegido... ese amor imprudente que vuestra posición os imponía el deber de combatir, de desechar de vuestro corazón...

Eugenia. Ah! nunca!

Marques. Eh? sin embargo, será preciso.

Eugenia. Eduardo me ama, señor, le he jurado eterna fé!

Marques. (*Soñándose.*) Ba! ba! esas son ideas de no-

vela... delirios de niña mimada que el tiempo desvanecerá. (*Negativa muda de Eugenia.*) Y si eso no sucede porque vos os obstináis, señorita... me veré en la precisión de deciros que alimentáis una vana esperanza en ese enlace... Vos no podeis ser... no seréis nunca la esposa del conde de Trécy. (*Movimiento de Eugenia.*) Nunca... porque en sabiendo quién sois... su noble familia...

Girodeau. (*A media voz.*) A menos que el caudal de esta señorita...

Marques. Os quereis callar vos? — Estúpido. (*Aparte.*) Su familia entera... y el conde (*Alto.*) Eduardo el primero, rechazaría esa union.

Eugenia. Y por qué? Quién (*Mirándole.*) soy yo al fin para que así me rechacen?

Marques. Eso es lo que no puedo revelaros sin mancillar la honra de una familia... de una persona cuya memoria debe ser sagrada para vos.

Eugenia. Cielos!

Marques. Juzgad ahora, juzgad... vos, hija de esa persona, si debo hablar...

Eugenia. Ah! (*Anonadada.*)

Marques. Bien veis que la revelacion de ese secreto os obligaría á sonrojaros delante del conde, y espondria no solo á vos, sino á todos los vuestros, á los desaires y desprecios de su familia!

Eugenia. Basta, ah! (*Levantándose.*) señor, basta... Eduardo despreciarme! (*Se oculta el rostro entre las manos.*)

Marques. Comprendo vuestro dolor y os compadezco sinceramente... Pero como vos no podeis permanecer en mi casa... el señor Girodeau se encargará de llevaros al lado de una persona que, mediante mi recomendacion, os acogerá con todo el cariño é interes de que sois digna.

Girodeau. Una casa, que en efecto... (*El marques le mira.*) Una casa que no cabe mejor... señoras muy respetables...

Eugenia. Bien está.

Marques. Consentis? me alegro de ello... Entonces voy á escribir la carta en el acto, y os recomendaré muy particularmente.

Esteban. (Presentándose en la puerta del foro.) El señor conde Eduardo de Trécy, pregunta...

Eugenia. Cielos!

Marques. El conde en París ya?

Girodeau. Eso no puede ser... no puede ser... A menos que no haya sabido...

Marques. Pues claro está! habreis dejado escapar delante de él!...

Girodeau. Os juro y protesto...

Marques. Eh! (A *Esteban.*) Decid que no estoy.

Esteban. Es que... ya sabe lo contrario...

Marques. Y quién ha sido el insolente?...

Esteban. Lo ignoro, señor, pero me le he encontrado ya cerca de la puerta.

Marques. Diab!o! no puedo sin faltarle directamente... Decid que pase adelante... Bien considerado, vale mas despaclar este asunto cuanto antes! (*Esteban introduce á Eduardo y vase.*)

ESCENA V.

DICHOS. EDUARDO.

Eduardo. Aquí está. (*Viendo á Eugenia.*)

Marques. Señor conde! puedo saber qué es lo que me proporciona la satisfaccion...

Eduardo. (*Saludando.*) Vengo, señor marques, á quejarme del indigno proceder de ese hombre. (*Señalando á Girodeau.*)

Marques. Del señor Girodeau!... Cómo asi?

Girodeau. Señor conde, yo...

Eduardo. Vos érais la única persona en quien yo reconociese el derecho de disponer de la mano de la señorita Eugenia, Me disteis una cita para contestar á la peticion que os hice...

Marques. (*Fingiéndose sorprendido.*) Qué es lo que estoy oyendo, señor Girodeau!

Eduardo. Si, señor marques. (*A Girodeau.*) Y os habeis valido despues de un ardid miserable para separarme otra vez de la que amo, y arrebatarla de mi lado!

Marques. Es posible! (*A Girodeau con seriedad.*) Señor

:

Girodeau, esa falta de respeto y atención á las consideraciones que se merece el señor conde es muy extraña en vos...

Girodeau. (A sombrado.) Pero el señor marques sabe mejor que nadie...

Marques. Silencio! —No teniais otro medio de hacer presente al señor conde, apreciando como se debe el honor que se digna... hacer á está señorita... una pobre huérfana... los obstáculos insuperables que se oponen á la realizacion de sus proyectos?...

Eduardo. Qué oigo, marques?... acaso no me es dado esperar... Luego es una negativa?...

Marques. De la que esta señorita conoce los motivos... Si no la parecen suficientes, es dueña de disponer...

Eduardo. Señorita... (A *Eugenia.*)

Eugenia. Señor Eduardo?... (Conmovida y turbada.)

Eduardo. De vos sola, ya lo ois, depende la felicidad de mi vida... Decid que aceptais mi mano, mi nombre!

Oh! yo os lo ruego! decid una palabra por piedad.

Eugenia. No puedo!

Eduardo. Eugenia!

Eugenia. Qué horrible situacion!

Eduardo. Os callais! Qué temor es el vuestro?

Eugenia. (Aparte.) El de que él me desprecie! Oh! no, antes la muerte.

Eduardo. Hablad.

Eugenia. No me interrogueis.

Eduardo. Sin embargo, vos me amais... y si me respondéis así... es que cedéis á consejos... (Mirando al marques y á Girodeau.) á amenazas tal vez...

Marques. Ah! conde!... Señorita... (A *Eugenia.*) tened la bondad de decirle...

Eugenia. No... os respondo libremente... Eduardo. Si es verdad que me amais; (Movimiento de Eduardo.) si os soy aun cara... por mi sosiego... por el vuestro... yo á mi vez os lo ruego... renunciad á mi amor... olvidadme.

Eduardo. Olvidaros! no, no... lo intentaria en vano... no, dejadme esperar.—Sean cualesquiera esos obstáculos que nos separan, cesarán tal vez algun dia...

Eugenia. Nunca!

Eduardo. Nunca?

Engenia. A Dios! olvidadme! (*Déjase caer deshecha en llanto sobre una silla en uno de los extremos del teatro.*)

Eduardo. Ah! (*Dirigiéndose hácia la puerta del foro en el mayor abatimiento.*) Ya no hay dicha para mi en el mundo. (*Daniel, que se habrá presentado en la puerta, le dice al pasar algunas palabras.*)

Marques. Ah! por fin (*Con alegría durante este tiempo.*) me veo libre de él... abandona la plaza. — No perdamos un (*A Girodeau.*) instante. Pronto; es preciso escribir esa carta para la superiora. (*Vanse por la izquierda.*)

ESCENA VI.

DANIEL. EUGENIA.

Daniel. La superiora! la supe... (*Para sí.*) Oiga! luego es en un convento en donde quieren encerrarla!... Ah! como yo lo supiese de cierto... (*Menea un sillón con rabia.*)

Engenia. Ah! (*Alzando la cabeza.*)

Daniel. No os asustéis, señorita... soy yo... perdonadme... no he podido reprimir un movimiento de rabia al oírlos... Será posible que vos hayais consentido... Oh, no! son ellos los que quieren...

Engenia. No, señor Daniel.

Daniel. No! ha salido de vos misma? Oh! perdonad, (*Deteniéndose de repente.*) señorita, si yo me atrevo á preguntaros esto... Pero verme separado de vos... antes de haber hecho por saber al menos... (*Aparte.*) Si yo me atreviese...

Engenia. No dudeis que yo tambien tengo un pesar... pero no quiero marcharme de esta casa sin haberos dado las gracias. (*Daniel la mira.*) Habis sido tan bueno conmigo durante este viaje...

Daniel. Lo decis eso de veras? — Ah! señorita, si vos supieseis el placer que me dais con esas palabras...

Engenia. Pasar toda una noche tan fria prodigándome los mayores cuidados... no consentir en descansar un instante...

Daniel. Descansar! cuando vos por el contrario... no faltaba mas! Y luego el otro... el tío Girodeau, que en

vez de deciros unas cuantas palabras de consuelo... iba allí roncando en su rincón... Solo aquella música bastaba para no dejaros pegar los ojos aun cuando os hubieseis estado cayendo de sueño... Dormir yo cuando presenciaba vuestro pesar, vuestras lágrimas? No os tomeis el trabajo de darme las gracias, señorita... no me debéis nada por eso...

Eugenia. No importa! hubiera deseado poder mostraros mi agradecimiento.

Daniel. Ah! Si no es mas que eso... es cosa muy facil.

Eugenia. Qué puedo hacer?

Daniel. Negaros á ir (*Bajando la voz.*) adonde quieren llevaros...

Eugenia. Oh! imposible! Por otra parte, estais en un error... lejos de aborrecer ese asilo, le hubiera elegido yo misma!

Daniel. Con todo...

Eugenia. Es el único que me conviene! (*En voz mas baja.*) Cuando no se tienen parientes ni amigos que se interesen en nuestra suerte...

Daniel. Que se interesen! Ah! Señorita! Es verdad que no hace mas que dos dias que yo estoy aquí... y he hecho tan poco por vos...

Eugenia. Ah! teneis razon... soy injusta con vos, Daniel, que sin conocerme apenas me habeis dado ya tantas pruebas de afecto... Pero habituada desde la infancia á no ver en torno mio sino estraños... corazones indiferentes;... porque á mi pesar... y como si algun presentimiento secreto me hubiera prevenido que me engañaban... jamas sentí ni aun hácia el hombre que me llamaba su hija... esa confianza... esa ternura...

Daniel. Yo lo creo... un facha como (*Aparte.*) Girodeau!

Eugenia. Ah! cuántas veces he llorado... cuántas veces me he echado en cara mi indiferencia hácia él, pensando que si mi padre no era para mí lo que yo veía que eran los de mis demas compañeras para sus hijas... consistia en que yo no le tenia bastante cariño... y pedía por ello perdon al cielo... Pero ahora comprendo de qué provenia mi tibieza: si mi corazón permanecía sordo, es que en él no se habia dejado oír todavía la voz de la naturaleza.

Daniel. Pobre niña!

Eugenia. Si, me hallo sola en el mundo... y en mi posición es ya una gran felicidad llegar á ser admitida en una casa honrada.

Daniel. Una casa! Luego vos no sabeis lo que es, señorita... es un convento... tapias y rejas por todos lados... tornos, celosías... Y habiais (*Con calor.*) de ir vos á condenaros allí dentro... vos, una jóven que ha nacido para brillar en el mundo... en el mundo elegante... para ser dichosa y para hacer la felicidad de otro... y en vez de eso los dos... porque él tambien... le acabo de ver salir de aquí con un aire tan desesperado... es capaz de hacer un desatino.

Eugenia. Cielos!

Daniel. Ya se ve, os ama tanto! yo os lo suplico, señorita, no vayais... de mí no os digo nada... si vos supieseis el sentimiento que yo...

Eugenia. Vos! (*Mirándole sorprendida.*) Pero un interés tan grande...

Daniel. Os sorprende, lo concibo... pero son ciertas ideas... una esperanza que alimento desde ayer... si llegase á realizarse!... ah! entonces me comprenderiais.

Eugenia. Cómo?

Daniel. Hace poco habeis dicho... estoy sola en el mundo. (*Eugenia le mira.*) Y si os engaÑaseis... si existiese alguno...

Eugenia. Cielos! sabriais vos?...

Daniel. Oh! aguardad... No creais nada todavía... yo puedo engaÑarme tambien... y entonces... perder una esperanza como esta! (*Poniéndose la mano en el pecho y con espresion.*) Ay! me haria tanto daño...

Eugenia. Oh! no importa... si vos sabeis alguna cosa... hablad.

Daniel. Antes de todo, señorita... decid vos misma... no conservais algun recuerdo de vuestra primera infancia? Eso me ayudaria... recordad bien.

Eugenia. Hace ya tanto tiempo... y todo ello es tan vago... tan confuso...

Daniel. Probad... Antes de entrar en vuestro colegio... antes de Mr. Girodeau... no habeis conocido otras personas... habitado algun otro sitio?...

Eugenia. Si... una casita... en el campo... rodeada de jardines... donde habia muchas flores... y tambien conservo un recuerdo de una excelente muger, mi buena nodriza...

Daniel. Y no mas?

Eugenia. Aguardad... tengo cierta idea confusa de haber visto una vez á otra... una señora anciana.

Daniel. Ah!

Eugenia. Oh! sí... ahora me acuerdo... una señora con un aire tan bueno, tan respetable, tan noble... (*Movimiento de Daniel.*) Me tomó en sus brazos y me miró algun tiempo... mucho tiempo, repitiendo... «Mi hija, mi pobre hija... son sus mismas facciones... creo estarla viendo.» — Despues se llenaron repentinamente sus ojos de lágrimas... pero yo empecé á hacerla caricias y á besarla... y como ella me decia sonriendo que mis caricias la consolaban... volví á abrazarla y á acariciarla con mayor ahinco.

Daniel. Excelente muger!... y despues...

Eugenia. Despues me estrechó contra su corazón diciendo. «Pobre criatura! niña desgraciada!... yo no te olvidaré... cuando seas grande, serás rica y dichosa...» Se quedó todo el día conmigo... y por la noche, cuando se separó de mí, tenia un semblante tan triste!... yo quise que se quedase... y me eché á llorar... ella hizo todo lo posible por apaciguarme... y me prometió volver si Dios lo permitia. Pero era ya muy anciana... y se conocia que habia padecido tanto!...

Daniel. Oh! sí... los pesares... envejecen de prisa.

Eugenia. Pero antes de marcharse, se quitó del cuello una joya de esmalte azul que llevaba, y me la dió, encomendándome que la conservase como memoria suya.

Daniel. Y esa joya, la habeis guardado?

Eugenia. Oh! siempre!

Daniel. La llevais ahí?

Eugenia. No, he tenido siempre miedo de perderla, y la guardo cuidadosamente;... muchas veces, á hurtadillas... cuando estoy sola... paso horas enteras deleitada en mirar... la vista del retrato que encierra me causa un placer... no sé por qué...

Daniel. Oh! señorita! una súplica... hacedme un favor por piedad.

Eugenia. Hablad.

Daniel. Esa miniatura... ese retrato... permitidme.

Eugenia. Ah! (*Negándose.*)

Daniel. Oh! no os negueis... es por vos... sí, por vos misma... por lo que deseo saber...

Eugenia. Qué?

Daniel. Qué? Oid... Si por un dichoso acaso una jóven que yo busco fuéseis vos... si yo conociese á aquel á quien debeis la existencia... si con la ayuda del Todopoderoso yo lograrse... oh! felicidad inefable! volver un padre á su hija... á vos, Eugenia?

Eugenia. Mi padre! habeis dicho!...

Daniel. Si... mi... militar...

Eugenia. Oh! bien me lo decia el carazon... acabad por Dios... (*Ruido de voces, y se detiene asustada.*) Cielos!

Daniel. El marques! silencio! dejadme con él. Mas tarde... os volveré á ver... y os diré...

Eugenia. Si... oh! sí... no es verdad?

Daniel. Pero os quedareis? (*Acompañándola.*)

Eugenia. Me entrego á vos. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DANIEL. EL MARQUES. GIRODEAU.

Daniel. Oh! ahora (*Viendo entrar al marques y Girodeau.*) nos veremos nosotros las caras... Ya estan aqui.

Marques. Ahí teneis la carta: (*A Girodeau.*) no perdais un instante, apresuraos!

Girodeau. Si, señor marques. (*Mirando al rededor.*) Calla! dónde está?

Daniel. La señorita Eugenia? (*Señalando á la derecha.*) Ahí.

Girodeau. Bien. Seguidme. (*Se dirige á la puerta.*)

Daniel. Cuanto mas le (*Que examina al marques.*) inspecciono...

Girodeau. Daniel, venid. (*Volviéndose.*)

Daniel. Perdonad... no puede ser por ahora. Id delante, yo os alcanzaré... Señor marques, (*Al marques.*) descaria hablaros dos palabritas... de vos para mí.

Marques. Qué significa?...

Girodeau. Vos!... Vos... al señor marques?

Daniel. Sí.

Girodeau. Y qué podeis tener vos que decir?...

Daniel. Sois por ventura vos el señor marques? Pues me gusta... como teneis un aire tan fino...

Girodeau. Cómo se entiende! (*Enfadándose.*)

Marques. Vamos á ver... acabareis por fin? Salid de aqui.

Daniel. Eso es, salid.

Marques. Vos tambien: no tengo tiempo de escucharos.

Daniel. Perdon por la molestia; (*Al marques.*) pero yo tambien estoy muy de prisa... y si el señor marques (*Apoyando.*) de Gerville... no quiere oirme... puede que algun otro... (*Bajando la voz y observando al marques.*) el baron Gaston por ejemplo...

Marques. Eh! (*Levántandose.*)

Daniel. El es! él es! (*Aparte y mirándole de alto á bajo.*) Ya di con mi abauto!

Marques. Qué quiere decir?...

Daniel. Es historia un poco larga. (*A Girodeau, que vuelve.*) No me aguardéis. — Idos!

Marques. Si... idos... dejadnos... (*Girodeau quiere hablar.*) Conducid á la señorita Eugenia.

Daniel. Es inútil... no os tomeis ese trabajo...

Girodeau. Cómo?

Daniel. Es muy posible que el señor marques quiera ver á la señorita Eugenia dentro de poco.

Girodeau. Para qué?

Daniel. Para qué sí! Cuidado si es curioso el hombre. Haced lo que se os dice. — No es verdad, señor (*Al marques.*) baron...

Marques. Marques... soy marques. (*Con viveza.*)

Daniel. Sí, marques de Gerville, de Boisriou... (*Movimiento del marques.*) y otros lugares... porque (*Con intencion.*) teneis tantos... en la actualidad.

Marques. Me maravilla (*Sorprendido. Aparte.*) que este hombre... dejadnos, (*A Girodeau.*) y llevad de todos modos esa carta á la superiora anunciándola á Eugenia. (*Vase Girodeau.*)

ESCENA VIII.

DANIEL. EL MARQUES.

Marques. Ea , ya estamos solos... qué me quereis? (*Va á sentarse.*)

Daniel. Vamos allá: (*Aparte.*) llevémosle al paso de ataque... una carga por el estilo de la de las alturas de Muzaia... Rram! A mí no me han de fusilar por eso...

Marques. Y bien?

Daniel. Pues señor... queria deciros q ne la señorita Eugenia no se encuentra en ánimos de ir al convento... (*El marques le mira.*) y que prefiere ser esposa del conde de Trécy.

Marques. Eh? Pues me gusta la franqueza... Y ha sido á vos á quien ha encargado que me participeis?...

Daniel. No... me he encargado de ello yo mismo.

Marques. Vos?

Daniel. Yo... en razon á que le prometido á su padre... — Rram! (*Aparte.*)

Marques. A su pa... Pues qué?... Conoceis vos?...

Daniel. Vaya! — Sí, es un antiguo camarada mio, á quien acabo de dejar en Mascara.

Marques. Es decir que vive aun? (*Levantándose.*)

Daniel. Veo que la noticia no os agrada mucho... os doy las gracias en su nombre.

Marques. Eh! (*Con impaciencia.*) Esta es peor, vive Dios!

Daniel. «Se ha quedado como quien ve (*Para sí.*) visiones. Acerté á dar en el blanco... — «Anda á ver, me dijo... Madama (*Alto.*) de Boisriou, que adoraba á su hija, y que era riquísima, no puede haberla abandonado... desheredado...» Verdad que no? (*Al marques.*) Vos que conoceis su bondad... su generosidad... convendreis conmigo en que ella era incapaz...

Marques. Se habrá visto nadie en posicion (*Aparte.*) mas embarazosa y cruel?

Daniel. — «Estate seguro, me dijo tambien el camarada, que la condesa habrá tomado sus medidas... trata de averiguar eso... Yo quiero que mi hija sea feliz... si no me escribes, iré yo mismo...» —

Marques. Gran Dios! (*Aparte.*)

Daniel. Justamente acabo de ver hace un instante aquí al lado, en el cuartel de Babilonia, á Grisou, tambor mayor que fue mío, y que quería volverme á enganchar...

Marques. Así lo hubieras hecho, y la (*Aparte.*) peste os confundiese á los dos.

Daniel. Pues como digo, á las dos sale para Africa con su regimiento... de suerte que yo voy a aprovechar la ocasion para enviarle noticias al camarada, y participarle...

Marques. No hagáis tal! os lo prohibo.

Daniel. Eh? qué es eso de prohibo? (*Bruscamente.*)

Marques. Digo que lo juzgo (*Moderándose.*) inútil... pero vamos á ver. — Otro (*Aparte.*) sacrificio! — No habria medio (*Alto.*) de evitar, de arreglar... Si por ejemplo, yo ofreciese á vuestro camarada...

Daniel. El qué? (*Enojado.*)

Marques. Hum! algun dinero... una cantidad bastante crecida...

Daniel. Dinero... dinero... para que se calle, para que renuncie á ocuparse de ella, á volverla á ver en su vida... no es verdad? (*El marques quiere hablar.*) Pues sabed que aunque le ofrecieseis todas vuestras riquezas... todos vuestros millones, todas vuestras tierras y palacios, haria el mismo caso de ellos (*Agarra la caja de tabaco del marques que estaba sobre la mesa y la tira al suelo.*) que de esto.

Marques. Eh?

Daniel. Segun eso, vos no teneis nada (*Le da en el pecho.*) aquí?

Marques. Eh! señor mío!

Daniel. No sabeis lo que es el cariño de un padre?

Marques. Chist! mas bajo.

Daniel. Ah! y pensar que hay hombres... pero no... estos no son hombres... son... no sé qué nombre darles... Señor (*Con altivez.*) marques, ya sabeis lo que os he dicho. Hasta otra vista!

Marques. Aguardad... pero en fin, qué es lo que quiere ese... ese hombre?

Daniel. Ese hombre... ese hombre quiere que su hija viva contenta, feliz... y como no puede serlo sino con el conde de Trécy...

Marques. Pero eso es imposible!

Daniel. Para vos, tal vez... pero para él, que es padre... en viniendo aquí y reclamando sus derechos...

Marques. Reclamar?

Daniel. Oh! á él no le arredra el escándalo, con tal de asegurar la felicidad de su hija... El ruido! el escándalo! el escándalo! figuraos si á un tambor le asustará el ruido!

Marques. Un tambor! Y vos os imagináis que el conde de Trécy y su noble familia consentirán nunca... (*Encogiéndose de hombros con desden.*) Es delirar! Hay quien se case, es verdad, con una jóven de padres desconocidos... pero con la hija de un tambor... Vamos, es preciso estar locos para esperar lo.

Daniel. Sí, mirándolo (*Reflexionando y aparte.*) bien... tiene razon. — Pero es que (*Alto.*) si ellos no lo saben... viene á ser lo mismo. El comandante adora á la señorita Eugenia, á quien cree huérfana, y en lo que menos ha pensado nunca ha sido en el caudal ni en el nacimiento de su amada; porque segun él mismo me decia esta mañana, es bastante rico para no desear mas.

Marques. Ah! el conde Eduardo os ha dicho...

Daniel. Sí, y eso podriais arreglarlo entre los dos perfectamente... Se trata pues tan solo de guardar un inviolable secreto... y por mi parte... os aseguro...

Marques. Förmalmente?

Daniel. Oh! en cuanto á eso... Vos no me conocéis; pero cuando yo prometo callar una cosa, aunque me pusieran delante de una batería no me harian hablar... Bien podia vivir mil años al lado de ellos, basta que se tratase de la señorita Eugenia... (*El marques le mira.*) de la hija de mi antiguo camarada, de mi hermano de armas.

Marques. A quien me prometeis no decir que la habeis hallado?

Daniel. Tambien eso?... bien, será asi.

Marques. En realidad creo que es el mejor (*Cavilando.*) medio de arreglar este asunto, y si el conde de Trécy se contentase...

Daniel. Se contentará, yo os (*Vivamente.*) respondo de ello.

Marques. Entonces...

Daniel. Consentís, no es cierto? (*Rápidamente.*) Ah! eso es hablar en razon... Voy á avisar al comandante...

Marques. Eh! no... un instante...

Daniel. Ah! diablo, (*Que ha abierto la ventana.*) lo siento... Haberlo dicho antes. Ya no es tiempo.

Marques. Cómo?

Daniel. No tiene remedio... estábamos convenidos. Y se hallaba aguardando la señal en el balcon de la fonda del Norte, frente por frente de esta casa... Me ha visto (*Mirando.*) abrir la ventana... y ya está en camino hácia acá.

Marques. Pero hombre de los diablos! no se tratan así los asuntos...

Daniel. Qué quereis? Contramarchas, evoluciones, paralelas... Eh! cuando se piensa dejar contentas á las personas.. cuanto antes es mejor... y él se va á poner muy contento. Pues, y la señorita Eugenia? Y vos?... y yo?... Todos nos vamos á alegrar.

Esteban. El señor conde de Trécy. (*Saliendo.*)

Marques. Decidle que pase á mi despacho... voy al momento... — (*Vase Esteban.*) El está enamorado perdido de la muchacha... (*Aparte.*) creo que nos entenderemos.

Daniel. Es decir que puede contarse con que la boda está hecha?

Marques. Por mi parte sin la menor dificultad.

Daniel. Bravo! Viva el baron de...

Marques. Chist!

Daniel. Es verdad! Viva el señor marques.

Marques. Bien está! basta... Pero no olvides que la menor indiscrecion de tu parte...

Daniel. Perded cuidado! — Teneis mi palabra... palabra de soldado... seré mudo como un tambor roto.

ESCENA IX.

DANIEL.

Ah! por fin... (*Se dirige hácia la puerta de Eugenia y se detiene de repente.*) Ea! vuelta á mis temores... Oh! ahora (*Con cólera.*) ya estoy cierto... no me queda la

mas ligera duda... Qué es esto? no voy á pedirla la última prueba? Sí, es ella.— Pero de dónde proviene que al hablarla siento siempre como una especie de temor... de respeto... Sí! cuando la veo, ahí, delante de mi... con ese aire... esas maneras, no puedo imaginarme que es mi... (*Se detiene.*) Y entonces me atrevo apenas á alzar los ojos hácia ella, á mirarla... Dios mio! si, como todos ellos, se creyese rebajada... si se avergouzase del pobre soldado? Oh! no! (*Volviéndose.*) estoy loco! La ofendo, la injurio... Vamos! suceda lo que quiera, deseo saber... (*Corre á abrir la puerta y llama.*) Señorita... señorita Eugenia.

ESCENA X.

DANIEL. EUGENIA.

Daniel. Qué es (*Viéndola enjugarse las lágrimas.*) lo que veo? Ah! no! es preciso enjugar esas lágrimas. (*Deteniéndola en el momento que va á llevarse el pañuelo á los ojos.*) Señorita... hacedme el favor de tirar eso... ya no lo necesitais... Mirad, el comandante está ahí dentro (*Movimiento de Eugenia.*) con el marques... Reina entre ellos á estas horas la mejor armonía, y estan hablando como dos buenos amigos de vuestro próximo enlace. Qué es eso? (*Viéndola tan triste.*) Yo que creía que así que os dijese... Ah! si, entiendo... Temeis tal vez nuevos obstáculos... con motivo de lo que os dije hace poco relativamente á... (*Con precaucion.*) á vuestro padre.

Eugenia. Ah! señor Daniel... Si supiéseis con qué impaciencia aguardaba ahí...

Daniel. De veras? Estábais inquieta por saber...

Eugenia. Le habeis conocido? Cuándo, dónde? cuál es su nombre?

Daniel. Su nombre? (*Estremeciéndose.*)

Eugenia. Vive aun? Ah! hablad... Me han engañado tantas veces ya... tal vez esta mañana abusaban tambien de mi credulidad? No temais... yo sabré callarme... fingiré creerlos... pero la verdad?

Daniel. La verdad!...

Eugenia. Vamos.

Daniel. Señorita, es que... vuestro padre no era lo que vos os imagináis quizá...

Eugenia. No me habeis dicho que era un militar? Oh! yo he retenido bien vuestras palabras.

Daniel. Es verdad!... pero militares... hay muchos, ya lo sabeis. Y si es cierto que todos pueden llegar á ser mariscales de Francia... no lo es menos que la mayor parte no pasan de capitanes, tenientes, sargentos... y menos que eso.

Eugenia. Ah! qué importa su clase!

Daniel. Qué oigo! Si él fuese menos aun... le querríais... le aceptaríais?

Eugenia. Con la misma alegría, la misma ternura, el mismo respeto.

Daniel. Señorita...

Eugenia. Quien quiera que él sea... por humilde que sea su condicion... nada, no, nada en el mundo bastaría á estorbarme que yo me llamase su hija.

Daniel. Su hija! la hija de un (*Aparte.*) oh! sí... ella lo diría, y despues los otros... — Sin embargo, (*Alto.*) si de ello hubiesen de seguirse desgracias para vos... (*Movimiento de Eugenia.*) la pérdida de todas vuestras esperanzas tal vez?

Eugenia. Qué decís?— Sería para mi un gran pesar sin dada... pero no por eso dejaria de cumplir mi deber... Sí, que él me llame, y lo dejaré, lo abandonaré todo... renunciaré á mi amor si él lo exige... Ah! vos no sabeis lo que es haber estado tanto tiempo llamando, anhelando á su padre... Que me diga tan solo... ven! que me abra sus brazos... y vereis, vereis si vacilo!

Daniel. No, no vacilaríais, estoy cierto de ello... Os habia juzgado bien, señorita... teneis una alma noble... y elevada... y vuestro padre al oiros hablar asi... (*Con el acento de una alegría íntima.*) Ah! mucho ha sufrido él tambien! Pero lo que acabais de decir... lo que acabo de oiros... (*Pasándose la mano por los ojos y aparte.*) No puedo mas... voy á hacer algun desacierto... vamos á ver, seamos hombre!— Oh! sí, (*Alto.*) es mas felicidad de la que él podia nunca aguardarse.

Eugenia. Si eso es cierto, qué esperais entonces?

Daniel. Yo! — Hablar, para que (*Aparte.*) despues vaya ella á decírselo á todo el mundo... Y habia yo de ser causa... Oh! no, nunca... y con tal que pueda vivir al lado de ella, asi, siempre...

Eugenia. Qué decis?

Daniel. Digo, señorita, que antes de exigir de vos semejantes sacrificios y aventurarse á comprometer la suerte que os espera... Vuestro padre hubiera preferido dar cien veces su vida... si... por desgracia... la divina Providencia... hace ya tiempo...

Eugenia. Cielos! Ah!

Daniel. Pero nosotros hablaremos (*Con viveza.*) de él á menudo, yo os contaré cuánto os amaba... cuánto ha sufrido por verse separado de vos... Si es él en efecto la persona que yo he conocido en el ejército...

Eugenia. Teneis dudas?

Daniel. No tendria ninguna, si pudiese ver ese retrato!

Eugenia. Ah! es verdad... (*Con viveza.*) todo lo que acabais de decirme... ya habia pensado en ello... Si, ahí... mientras estaba sola... he aprovechado aquellos momentos. (*Llevándose la mano al seno.*)

Daniel. Le teneis?

Eugenia. Chist! (*Deteniéndose y mirando al rededor.*)

Daniel. No! oh! no... (*Trémulo de emocion.*) temais... nadie... (*Eugenia saca el medallon.*) Dádmelo, oh! dádmelo.

Eugenia. Vedlo. (*Abre el medallon.*)

Daniel. Ah! (*Mirando el retrato y dando un grito.*) Si! es ella! (*La arrebatata el retrato y le contempla.*) es ella! aqui está.

Eugenia. La reconocis?

Daniel. Sí, oh, sí... esta es su dulce (*Para sí.*) mirada, su sonrisa de angel! Ah! qué recuerdos! (*Pasándose la mano por los ojos.*)

Eugenia. Llorais? qué teneis?

Daniel. (*Enterneciéndose al escucharla y mirando el retrato.*) Hablad, hablad otra vez... Ah! me figuraba estarla oyendo á ella... á su madre...

Eugenia. Mi madre!

Daniel. Si! Vuestra madre; que está en el cielo, y que ruega por nosotros.

Eugenia. Mi madre! (*Queriendo volver á tomar el retrato.*) Ah! traed... volvédmelo.

Daniel. Todavía no! oh! todavía no.

Eugenia. Traed. (*Daniel coloca el retrato contra su pecho y le estrecha enagenado. Eugenia da un grito y vuelve á coger el retrato.*) Ah!

Daniel. Silencio!

Eugenia. Esas lágrimas... esa emocion... (*Mirándole.*) Dios mio! qué idea! (*Cogiéndole de la mano vivamente.*) Ah! vos me engañabais tambien... mi padre existe!... Si, mi corazon me lo dice... Confirmad esa dulce esperanza... Callar por mas tiempo sería un crimen... Volvedme mi padre... Ved que es una hija la que os lo pide.

Daniel. Ah! no puedo resistir mas... (*Sin poderse reprimir.*) Pues bien... (*A Eugenia. — Abrese de repente la puerta del foro: los dos se separan precipitadamente.*)

ESCENA XI.

DICHOS. GIRODEAU.

Girodeau. (*Que ha advertido el movimiento.*) Ah! ah! me gusta!

Daniel. (*Furioso.*) Y bien! qué? qué es lo que quereis? á quién buskais?

Girodeau. (*Acobardado.*) Cómo!

Daniel. Sí... á qué venis? nadie os ha llamado.

Girodeau. Eh? á que me quiere echar?

Daniel. Yo no os echo... pero nos estorbais... dejadnos.

Girodeau. Que le deje! cuando le encuentro aqui con la señorita Eugenia... deshecha en llanto... y él... Pero ahora veremos, el marques juzgará...

Daniel. El marques! (*Recobrándose.*) Ah! le habia olvidado... No, no... estaos aqui, quedaos. (*A Girodeau que se marcha.*) Confieso que (*Se detiene.*) me he escedido... (*Movimiento de Girodeau.*) Oh! habeis hecho bien... perfectamente bien en venir... Os doy las gracias por ello... — Es la verdad... (*Aparte.*) á no ser por él, me descubro... ella habia empezado ya á sospechar...

Girodeau. Oh! yo (*A Eugenia, que le habla.*) lo siento mucho... pero mi deber...

Daniel. Pues bien, (*Despues de haber meditado.*) id. Dejadle, señorita. Viento (*A Girodeau.*) fresco! pero no estorbareis que se case con el que ama.

Girodeau. Qué es lo que dice?

Daniel. Sí, y que sea comandanta... y condesa y rica y dichosa con Mr. Eduardo de Trécy... andad, andad á buscar á vuestro amo... idle con el cuento... id á darle el soplo... Chismoso!

Girodeau. Pues sí señor, ya se ve que iré... y ahora mismo... ahí dentro está.

Daniel. Bien, pues id... idos adonde querais! idos con una legion de demonios sobre todo. (*Vase.*)

ESCENA XII.

GIRODEAU. EUGENIA.

Girodeau. Iré! si señor!... (*Exasperado y siguiéndole.*) iré... si me acomoda... si hallo gusto en ello... Yo no tengo que recibir órdenes de... digo! como no sea... Porque á decir verdad, cualquiera creería que él es el amo y yo el... pero yo le enseñaré...

Eugenia. Señor Girodeau, escuchad. (*Queriendo detenerle.*)

Girodeau. No, señorita... es evidente que aqui hay algo que se quiere ocultar al señor marques; y yo no tengo maldita la gana de comprometer mi posicion... (*Ella quiere insistir.*) Imposible... (*Abrese la puerta.*) Aquí viene él justamente.

ESCENA XIII.

DICHOS. EL MARQUES.

Marques. Qué hay? Con quién es esa cólera?

Girodeau. Con esta señorita... ó mejor dicho, con ese... (*Eugenia quiere detenerle.*) No, señorita, es preciso que el señor marques sepa...

Marques. El qué? Hablad!

Girodeau. Era contra ese Daniel, que estaba aqui hace poco con esta señorita...

Marques. Daniel!

Girodeau. Los he hallado estraordinariamente turbados... y lo que es mas todavia, al entrar yo ha lanzado cada uno un grito. Ah! (*Imitando la voz de Eugenia y la de Daniel.*) Oh!

Marques. (*Aparte.*) Habrá cometido la imprudencia... (*Pasando al lado de Eugenia.*) Qué os ha dicho ese hombre?

Eugenia. Señor marques...

Marques. Responded... pronto... El conde de Trécy está alli... (*Señalando á su gabinete.*) va á venir... Qué os decia Daniel?

Eugenia. Me decia... lo mismo que vos en este momento... que el conde Eduardo estaba ahí... y que vos habiais tenido la bondad de consentir...

Marques. Ah! Con que era eso? (*Con desconfianza.*) y nada mas? Callais? (*Turbado y con agitacion.*) Entiendo... ese hombre os habrá venido con cuentos é invenciones... Y todo ello precisamente cuando yo me ocupaba de destruir los obstáculos que se oponian á vuestra union...

Eugenia. (*Viéndolo.*) Eduardo!

ESCENA XIV.

DICHOS. EDUARDO. A poco DANIEL.

Eduardo. (*Que ha oido las últimas palabras del marques.*) Si, querida Eugenia... desaparecieron todos los obstáculos. El marques acaba de explicarme los motivos que han dado origen á su indecision. Pero, qué teneis? (*Viendo su indecision.*) estais turbada!

Daniel. Diablo! estan (*Aparte. Viene en traje de tambor.*) todos aqui.

Eduardo. Qué podéis temer aun? (*A Eugenia.*) Sois huérfana, lo sé... No teneis familia... pero la mia al ver brillar en vos tanta nobleza y distincion se envanecerá de adoptaros. Por favor, marques, (*Al marques.*) repetidla que en lo sucesivo nada podrá separarnos.

Marques. En efecto... yo así lo creía... y lo esperaba como vos, conde... pero ahora... (*Bajo á Eugenia.*) Por última vez, qué os ha dicho ese Daniel?

Daniel. Eh? (*Que ha dejado la caja en el fondo.*) quién llama?...

Marques. Ah!

Daniel. Presente (*Acercándose y saludando militarmente.*) Daniel! qué le queréis?

Marques. Qué te quiero, (*Trayéndole al proscenio.*) desdichado? cuando todo lo has echado á perder sin duda por tu indis... (*Deteniéndose y mirándole al trage.*) Pero... qué es esto?

Daniel. Ah! sí; os choca verme con este trage, no es verdad? Voy á deciros lo que es. (*A los demas, que le miran tambien sorprendidos.*) No me amañaba bien con el otro... con la casaca de este buen (*A Girodeau.*) señor. Y por lo tanto me fui ahí al lado... á ver á unos amigos... que estan con el mayor... el que queria alistarme esta mañana á las ordenes de su molinete... (*Hace el movimiento.*) Esta mañana me lize de pencas... porque en aquel momento no sabia qué aspecto tomarian las cosas por acá... (*Mirando á Eugenia.*) Pero ahora que os dejo...

Eugenia. Qué decis? dejadme.

Daniel. (*Rápidamente.*) Con vuestro marido, mi comandante... que os protegerá... os amará... Ya no necesitais de mí... ni de nadie... Me marchó... y ella no (*Bajo al marques.*) sabe nada!

Eugenia. Daniel!

Eduardo. Qué oigo! piensas (*Con calor.*) formalmente en dejarnos, mi antiguo camarada?

Marques. (*Con viveza.*) Tal vez tenga sus razones...

Daniel. Sí, eso es... tengo mis razones, y ya veis... Estaban ahí una porcion de compañeros... de antiguos amigos que me lo rogaron tanto... Y ademas, el mayor me ha prometido que en la primer zarracina que se arme me propondrá al coronel para la cruz... No me la han dado aun, porque no la he ganado mas que dos ó tres veces... Parece que para mí no son bastantes... Pero la tendré, se me ha metido en la cabeza... porque ya podeis suponer... la cruz!... caballero de la legion de honor!... eso imprime carácter... realza á

un hombre... y cuando llega el caso de entrar en los inválidos, si es que llega ese caso, sienta muy bien una condecoracion sobre una levita negra de paisano... y entonces puede uno mirar cara á cara á todo el mundo... aunque sea á un fiel de fechos. (*Mira á Girodeau.*)

Girodeau. Cómo?

Daniel. O á un marques. (*Mirando al marques.*) No es verdad? (*A Eugenia.*) Pero, qué es esto? (*Viéndola triste y pensativa.*) no me escuchais, señorita? os afligis? Ah! mirad, ahora conozco que hubiera hecho bien en seguir mi primera idea... pero marcharme sin volveros á ver...

Eugenia. Ah! es posible que hayais tenido ese pensamiento?

Daniel. Sí, y el deseo de realizarlo tambien; pero lo que me faltaba era poderlo hacer... (*Aparte.*) Haberla hallado y tener... ah!

Marques. Muy bien, (*Acercándose y en voz baja.*) estoy contento de vos.

Daniel. Sí.—Y yo tambien. (*Aparte. Oyese dentro un ruido de tambores que se preparan á tocar.*) Ya!

Eugenia. Qué es?

Daniel. Es el... porque se me habia olvidado deciros... que el regimiento se marcha hoy á las dos... es decir... ahora mismo.

Eugenia y Eduardo. Daniel!

Daniel. Á Dios, señorita, á Dios, mi comandante. Pensad alguna vez en el pobre Daniel... que puede ser que ya nunca... Dios mio! (*Con dolor.*) Oh! si... mas tarde, no es verdad? (*Recobrándose.*) os volverá á ver felices... (*Los tambores hacen la segunda señal.*) Mi comandante... señorita... ó por mejor decir, señora condesa, porque ahora es como si lo fueseis.

Eduardo. Cierta!

Daniel. Si no, el camarada (*Al marques.*) y yo volvemos aqui y armamos una revolucion. Me habeis (*A Eduardo.*) prometido hacerla feliz.

Eduardo. Y cumpliré mi palabra.

Daniel. Bien. (*Da un paso para marchar y se detiene.*)

Eugenia. Ah! me parte el corazon.

Eduardo. A Dios, camarada... qué veo? vacilas? deseas algo? manda.

Daniel. Yo... yo... (*Mira á Eugenia.*) Ah! nunca... no me atrevo...

Eduardo. Abrazar á la condesa? (*Adivinándolo.*) Abrázala, (*Cogiéndole de la mano, y haciéndole pasar al lado de Eugenia.*) veterano, yo te lo permito.

Daniel. (*Lanzando un grito de alegría.*) Ah! Ya estoy pagado. (*Abraza á Eugenia, da la mano á Eduardo y sale precipitadamente. Girodeau conmovido se limpia con el pañuelo de un modo estrepitoso y ridículo. Los tambores baten marcha dentro.*)

FIN DE LA COMEDIA.



10011171701

